



Josefa y su independencia

ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO

Josefa y su independencia

Josefa y su independencia

ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO


MAPorrúa
librero-editor • México

MÉXICO • 2014

Primera edición, diciembre del año 2014

© 2014

ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO

© 2014

Por características tipográficas y de diseño editorial

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-401-881-3

Imagen de portada: Juan O’Gorman, *Retablo de la independencia*
(fragmento), 1960-1961. Col. Museo Nacional de Historia.

Conaculta-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPorrúa, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

*Para el postre de mi vida:
Ana Victoria, Emilia, Santiago,
Mateo, Sebastian y Andrés*

ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO

La casa de la calle del Indio Triste

I

La entrevista

[*Ciudad de México*]

Estaba nerviosa, temía llegar tarde. Había mucha gente en la calle y era fama que doña Josefa era de poca paciencia. Pensé que sería terrible retrasarme y que no me recibiera. Tanto trabajo que me había costado conseguir la entrevista.

Cientos de cabezas cubiertas con rebozo obstaculizaban el paso. Una procesión venía del templo de la Santísima y como era costumbre no perdonaban la parada frente al Arzobispado. Por suerte no era una procesión con todas las cofradías, pues seguro hubiera llegado tarde a la cita.

Frente a mí aparecía el Palacio del Arzobispado. Con tanta construcción imponente era fácil dejar volar la imaginación, sólo con pensar que allá, debajo del Palacio Nacional está enterrado el palacio del desdichado Moctezuma, gobernante azteca que perdió su poderoso Imperio frente a un ejército español apoyado por miles de aliados indios.

—¡Aguas frescas!, ¡aguas frescas!

—¿Qué toma usted mi alma? —pregonaba la chiera, que como tantas otras mujeres de la ciudad se dedicaba a vender agua de chía, tamarindo, piña o limón. Era una mulata alegre, que al sonreír convertía los ojillos vivaces en unas rendijas que delataban su sangre oriental, muestra viva del variado mestizaje que se ha dado en nuestro país y que se refleja en tantas castas. Con sus enormes cántaros de agua azucarada sobre una mesilla adornada con flores, jícara y vasos, en un santiamén preparaba la refrescante bebida.

Las campanas de Santa Inés llamaban a misa de 12.

—Pase usted a refrescar —insistía la graciosa chiera.

Se me antojaba por el calor que comenzaba a arreciar, pero no me daba tiempo. —Será al salir, me dije.

Ahí estaba la calle del Indio Triste. —¿Dónde estaría el número 2?, me pregunté. No me costó trabajo encontrar la casa, ya que está muy cerca del Arzobispado. De aspecto sencillo, me gustaron su portón y las dos ventanas y tres balcones que, en la parte alta, se encuentran unidos por un barandal de hierro forjado. Toqué con timidez; tres veces dejé caer el pesado aldabón antes de que la voz de un hombre me preguntara casi a gritos:

—¿Quién?

Contesté también en voz alta, pues entre el grueso del portón, el tañido de las campanas y los pregones de los vendedores sería difícil que me escucharan.

—Soy Marina León Muir, tengo cita con doña Josefa.

Al entrar descubrí que la casa era más amplia de lo que parecía desde el exterior. Había un patio soleado, con arcos sostenidos por hermosas columnas de piedra con estrías, macetas con naranjos y jaulas con pájaros. Me pasaron a un pequeño salón con dos sillones forrados de un gastado terciopelo verde oscuro y un sofá de tela café.

En él estaba sentada doña Josefa. Era para ese entonces una mujer madura con grandes ojos negros, de expresión adusta que se suavizaba cuando sonreía y se le formaba un hoyuelo en la mejilla, dándole un aire de picardía. Su pelo entrecano se encontraba recogido hacia atrás con una peineta, portaba un traje de lana color marrón y un ligero chal gris sobre los hombros; un par de pequeños aretes de perla eran su único adorno. Doña Josefa era como la había imaginado: una mujer austera, cuyo atractivo principal eran su fuerte personalidad y su brillante inteligencia.

—Doña Josefa, gracias por recibirme y aceptar platicar sobre su vida y su participación en el movimiento que finalmente logró la Independencia de México —le dije de entrada.

—Siéntese, ¿gusta usted una taza de chocolate, agua de tamarindo o un té de hojas de naranja?

—Un té, gracias —acepté—. ¿Es de los naranjos del patio?

—Sí, dijo —parece gustarles este lugar, cada año dan frutos.

Mientras servía el té, recorrí con los ojos la habitación. En los muros tapizados con pequeñas flores colgaban varios retratos. Al

centro, en una mesa con cubierta de lana oscura, se encontraba un jarrón con azucenas y flores de chícharo que perfumaban el cuarto. Un lienzo sin terminar y algunas pinturas me dejaron saber que ese era el sitio en donde ella pintaba, afición que había desarrollado los últimos años. Me habían comentado muy elogiosamente el retrato que había pintado del padre Miguel Hidalgo, uno de sus amigos más queridos. Me dicen que fue ella quien lo convenció de integrarse a la conspiración de Querétaro, cosa que también había intentado, sin resultados, el capitán Ignacio Allende.

—Muchos recuerdos debe haber en esta casa tan grande —le dije.

Tomó entre sus manos un cuadro con muchos retratos pequeños, casi miniaturas. Me lo mostró con una ternura difícil de imaginar en una mujer de su temple y dijo con voz suave:

—¡Imagínese!, con 14 hijos y multitud de nietos, más las dos hijas que ya tenía Miguel mi marido cuando nos casamos, todos han dejado aquí alguna huella. ¿Por dónde quiere empezar? —agregó.

—¿Comenzamos por su infancia? —pregunté.

—Mi infancia, ¡ay! me parece tan lejana. Nací aquí, en la Ciudad de México el 17 de abril del año de 1773, en una casa cercana al convento de Regina. Mi padre era militar, se llamaba Juan José y mi madre era Manuela, Manuela Girón. No guardo muchos recuerdos de ellos, pues él poco paraba en casa y

ella murió siendo yo niña. Fue mi hermana María la que me crió, ella me convenció de que pidiera mi ingreso al Colegio de San Ignacio, ya sabe, el que se conoce como Las Vizcaínas, argumentando el origen vasco de mi padre.

La vida en el colegio era difícil, muchas normas, rigideces. Nada se podía discutir y esto iba contra mi carácter; constantemente padecía regaños y castigos, aunque ahí tuve la fortuna de conocer a mi esposo Miguel Domínguez, quien era miembro del patronato. Un hombre bueno en el más amplio sentido de la palabra, quien supo entender mi temperamento a pesar de que le di muchos dolores de cabeza.

—Y seguramente también muchas satisfacciones... Pero cuénteme, ¿cómo fue el encuentro?

—Fue durante una visita del patronato. Cierta día nos indicaron que había que dejar flamante la escuela porque la visitaría un grupo de personas ilustres, a quienes teníamos que dar muy buena impresión. La limpieza se inició semanas antes, una limpieza a fondo que resultó extenuante porque las sirvientas no eran suficientes, debido a lo enorme de ese bello edificio. ¿Lo conoce? Es una construcción majestuosa con muros de tezontle color vino, portada y marcos de las ventanas de cantera gris, bien labrada y varios patios interiores. Nos costó mucho trabajo limpiar los altares barrocos de la capilla. ¡Imagínese! son obra de don Joaquín de Sállagos, uno de los mejores doradores que hemos tenido, así es que tuvimos que tener un gran cuidado para no dañar el oro que los recubre.

Mientras me servía otra taza de té, antes de que ella continuara platicando sobre la educación que había recibido, le comenté que iría a conocerlo.

—Era una educación de avanzada. Los vascos que la fundaron eran tres ricos comerciantes: don Ambrosio Meave, don Francisco Echeveste y don José Aldaco, quienes consiguieron el apoyo de la cofradía de Nuestra Señora de Aranzazú, que agrupaba a los residentes vizcaínos. Con certera visión decidieron que se impartiera una educación laica, apegada a los lineamientos de la Escuela de la Enseñanza, que en ese tiempo eran los más modernos y que ya se comenzaban a impartir en las escuelas de varones. Las clases eran de lectura, escritura, doctrina y labores de mano. No sé de dónde han sacado la idea de que no se nos enseñaba a escribir. Hay quien dice que yo recortaba las letras de periódicos para mandar mensajes a los independentistas porque no sabía escribir. ¡Qué cosa más tonta!, lo hacía por si los interceptaban, no reconocieran mi letra.

—Pero eso no era frecuente en los lugares en donde estudiaban las niñas —le comenté.

—¡Por supuesto que no! La educación en otros lugares era terrible, se impartía por beatas en los recogimientos o por las monjas en los conventos, la mayoría asistía a las escuelas de Amiga, que también llamaban Miga. En todos esos sitios básicamente las enseñaban a ser amas de casa o domésticas.

La plática con doña Josefa fue más rica de lo que pensé. No me cabía duda que el carácter se le había forjado en gran medida

por la vida difícil que vivió en su infancia. Me admiró conocer que fue ella misma quien pidió su ingreso a Las Vizcaínas y el temple que tuvo cuando conoció a don Miguel que era viudo y le propuso matrimonio. Sin esperar a realizar los trámites necesarios para la autorización que eran largos y engorrosos; simplemente dejó el colegio, y se fue a vivir con él y con sus dos hijas y al poco tiempo se embarazó. El matrimonio se llevó a cabo dos años más tarde en la Catedral de México, de forma secreta para no causar escándalo.

Doña Josefa me contó que los siete primeros hijos nacieron en la Ciudad de México, antes de que se trasladaran a Querétaro, donde su marido fue designado corregidor. Esos primeros años los recordaba como de gran placidez. Ahí nacieron otros siete hijos, la última entre encierros, ya que la dio a luz después de haber estado presa en el convento de Santa Clara. Al poco tiempo la llevaron a México, para confinarla nuevamente con monjas.

Me impresionó pensar cómo habría sido su vida en esos imponentes conventos. Primero en Santa Teresa la Antigua, después en Santa Catalina de Siena, a donde con frecuencia había yo acompañado a la marquesa de Aguayo a tomar chocolate con las religiosas y saborear sus famosas empanadas.

—Doña Josefa, ¿cómo le surgieron las ideas independentistas?

—Siempre me indignó la diferencia de trato entre los peninsulares y los españoles nacidos en México. Conocí a hombres muy valiosos que nunca podrían alcanzar una posición destacada, por

el simple pecado de haber nacido aquí, cuando son los que más derecho tienen. Pero lo que más me enfurecía era el desprecio y prepotencia hacia las castas y los negros, para no hablar de los indios. ¡Imagínese que las ordenanzas de las pulperías prohibían que fueran tenderos los negros, mulatos o de color quebrado! Ahí, en Querétaro, en reuniones sociales conocí a personas que pensaban igual.

En ese momento me acordé que decían que su abuela era morisca, esto es, hija de negra y español, así es que seguramente había padecido en carne propia el rechazo. Quizás esto explicaba porqué se enfurecía de manera tan extrema cuando se referían con desprecio a las castas.

—Doña Josefa, ¿en qué momento comenzó a pensarse en un movimiento armado?

—Eso llevó tiempo, fue una idea que maduró poco a poco. Yo pienso que tuvieron mucha influencia las ideas de los enciclopedistas franceses. Debo confesarle que nunca leí sus obras, aunque los principios que postulaban verdaderamente los bebía de los labios de estos señores cultos, que los consideraban como la semilla que hizo germinar la Revolución francesa. También influyó la independencia de Estados Unidos —agregó—. Tengo entendido que precisamente en Boston, en donde está la sede de su periódico, surgieron los primeros brotes independentistas, por cierto, he querido preguntarle ¿por qué escribe usted para el *Boston Globe*?

—Mi abuela era escocesa, fue de institutriz a Boston y ahí conoció a mi abuelo que hacía gestiones para el gobierno virreinal, se casaron, vivieron en México hasta que ella enviudó y se regresó a Boston. Ahí creció mi padre, que después hizo su vida aquí, pero yo estuve con mi abuela un tiempo, estudié allá y comencé a escribir en el periódico. Cuando tomé la decisión de regresar porque quería estar presente en el nacimiento del país independiente, les propuse hacer entrevistas a las personas que gestaron el movimiento —expliqué.

—Seguro de esa abuela escocesa le viene el carácter, pues no es común que una joven como usted se dedique a una actividad de esa índole, especialmente con las circunstancias que hemos vivido.

—Eso es lo que lo hace tan interesante doña Josefa, México es un país fascinante, a pesar de sus tremendos contrastes, pero cuando vive uno lejos lo aprende a valorar.

—¿Qué más influyó en la gestación del movimiento?

—Definitivamente la invasión francesa a España, ese fue el detonador.

—¿Esta idea de la Academia de Literatura surgió en Querétaro?

—Sí, la propuso el regidor don Ignacio Villaseñor. Se inició en la casa del licenciado José María Mier, con toda formalidad, incluso se levantó un acta y se leyó un soneto. La idea era llevar a cabo actividades culturales para evitar sospechas de una conspiración. Después se mudó a las Casas Reales donde vivíamos.

Eso facilitaba mi asistencia, pues Miguel no siempre podía estar presente, y yo no quería faltar —comentó doña Josefa.

No me había percatado de la hora hasta que apareció don Miguel y me invitó a quedarme a comer con ellos. No acepté, porque me pareció imprudente hacerlo. Debí haberme retirado antes, pero me había atrapado la personalidad de doña Josefa. En su plática pasa de un tono sosegado a la vehemencia más febril y sus grandes ojos chispean. Seguir la con la pluma no era fácil. Entendí por qué doña Josefa había sido el alma de la Academia de Literatura; debe haber tenido subyugados a los conspiradores.

Al salir me deslumbró el sol del mediodía. Entrecerrando los ojos y sintiendo el calor que me envolvía, caminé entre una multitud formada por personas muy diversas. Por ahí pasaban igual doctores universitarios con capelo y borlas blancas; los aguadores que entregan en las casas el agua que recogen de las fuentes, con esa enorme olla a las espaldas que llaman "chochocol", un pequeño jarro a la cintura y una filosa navaja con la que castran a los gatos; los abogados envueltos en su amplia toga; los indios semidesnudos, apenas cubiertos con una tilma y un sombrero de palma; los caballeros de casaca y chupa a la moda; las señoras elegantes con sombrero o mantilla, acompañadas de sus sirvientas mulatas o indias; monjas y frailes con sus hábitos distintivos, las "chinas" luciendo sus enaguas de castor con lentejuelas y rebozos de bolita, y los

vendedores que pregonaban su mercancía con agudos tonos. Sí, era una ciudad fascinante, llena de contrastes, que desbordaba vitalidad.

La taberna en Querétaro

Cuando en la ciudad de Querétaro oscurecía, las tabernas cobraban vida. A una de ellas, cuyos dueños eran Lucio y Mariquita, comenzaban a llegar los clientes habituales a beber un vaso de jerez, vino o catalán, y para quienes estaban cortos de reales, nunca faltaba un trago de aguardiente o chinguirito.

Ahí se reunían las más disímolas personalidades a comentar las noticias y los chismes, cobijados por los gruesos muros de piedra, que alguna vez fue rosada y se había ido ennegreciendo por el humo de las velas de sebo.

Apurando el último trago, el capitán Ignacio Allende pidió la cuenta, quería apresurarse para llegar a tiempo a la reunión de la Academia de Literatura, pero su amigo Epigmenio, con quien conversaba, no parecía querer partir.

—Hay que apresurarnos Epigmenio, ya casi es la hora.

—Sí, la corregidora siempre es muy puntual y no le gusta que le hagan esperar. Por cierto, capitán, debías ser más cuidadoso en tus halagos y en la manera como la miras. Aunque Domínguez es un bonachón, me parece que comienza a sentirse molesto.

—¡Lucio, la cuenta! —insistía Allende.

—¡Tienes razón! Pero es que me fascina esa mujer; su inteligencia y sensualidad natural me seducen y bien sabes que no es por falta de experiencia porque, modestamente, en cuestión de enaguas tengo mi buen expediente.

Pagaron la cuenta entre risas y salieron apresurados. Mariquita observándolos exclamó, mientras se acercaba a limpiar la mesa:

—¡Ay! qué guapo es el capitán Allende.

Lucio, con su marcado seseo español, comentó molesto:

—Es el uniforme. Cualquiera se ve guapo vestido así.

Mariquita volteó, lo enfrentó, revisándolo de arriba abajo: panzón, desaliñado y con la boina mal puesta, movía la cabeza expresando incredulidad. Lucio, al percatarse, miró su voluminoso vientre y se enderezó tratando de meterlo.

—¡Ay, Lucio! tú, ni con eso.

—Bueno, bueno ya con la banda en la cintura y bien afeitao.

—A ti te tendrían que volver a hacer.

En el empedrado aún resonaban los tacones de las botas de Ignacio Allende, capitán del Regimiento de Dragones de la Reina, alto, de facciones finas, pelo ensortijado, de fuerte temperamento. Era un hombre que siempre destacó por su arrojo y valentía. Tenía debilidad por las mujeres, era buen jinete y no la hacía mal cuando enfrentaba un toro. Por ser criollo tenía limitado el ascenso en la carrera militar y en los demás ámbitos de la función pública, igual que todos los nacidos en México, así fuesen hijos de madre y padre españoles. Esta situación influyó de manera definitiva en la gesta-

ción de las ideas independentistas. Epigmenio González, hermano de Emeterio, era comerciante y su “pulpería o abasto de Indias”, como llamaban a ese tipo de tienda en que se vendía gran variedad de mercancías, habría de ser esencial para el acopio de las armas y municiones usadas durante el movimiento.

Las Casas Reales

Al llegar a las Casas Reales, donde despachaba el corregidor y tenía su residencia, los pasaron al salón donde se celebraba la Academia de Literatura, que servía como pretexto de la conspiración libertaria.

—Tomen asiento caballeros —les dijo ceremonioso el mayordomo Pedro, al tiempo que recogía los sombreros. —Ahora baja la señora, el corregidor está por llegar.

En la recámara Josefa se ajustaba el corsé, ayudada por la nana Consuelo.

—Que Facunda duerma en el cuarto de las niñas. María Ana ha estado tosiendo mucho, tienes que estar muy pendiente y darle jarabe con miel si no se le apacigua —ordenó.

—Sí señora, también Miguelito ha tenido tos, es que ya comienzan los fríos.

—Ya están llegando, ¡apúrate!

Mientras Consuelo terminaba de abrocharle el vestido, Josefa se ponía los aretes y se adornaba con un broche de camafeo.

—Espero que Pedro ya les haya ofrecido algo —se echó un último vistazo en el espejo, arreglándose el pelo.

—¡Bueno, ya bajo! Te encargo todo, Consuelo.

En el salón ya había cuatro hombres. Al aparecer Josefa, todos voltearon hacia ella con evidente admiración. Se acercó a ellos extendiendo la mano y en ese momento entró Miguel Domínguez.

—Señores, buenas noches, disculpen mi tardanza. Siempre surgen asuntos de última hora. ¿Quiénes faltan?

—Emeterio y el padre Hidalgo.

—Bueno, no deben tardar. Tomen asiento —comentó el corregidor.

El mayordomo Pedro pasó una charola con copas de jerez. Se escuchó el aldabón de la puerta y momentos después apareció Hidalgo.

—¡Padre, qué bueno que pudo venir! —le dijo Josefa saludándolo efusivamente.

—Sí, es que estas últimas reuniones son cruciales. No debe quedar ningún detalle sin considerar.

En ese momento apareció Emeterio. —Se me hizo tarde porque al salir llegó otra caja de armas —explicó—, definitivamente, la cosa va creciendo. Ayer vinieron desde San Felipe; allá contamos con 150 hombres, casi todos armados.

—Gracias Pedro, puede retirarse —le indicó Josefa al mayordomo.

—¿Ya no ha escaseado la pólvora para los cartuchos que ustedes hacen? —preguntó Josefa.

—Afortunadamente no —contestó Epigmenio—. Tanto mi hermano como yo nos hemos movido cada quien por su lado y tenemos de sobra.

—Me preocupa pensar que duermen ustedes con ese arsenal debajo —comentó Josefa.

—No tema, señora, hemos guardado todas las medidas de seguridad.

—Hay que redactar las últimas consignas, para que todos las reciban a tiempo y estén listos. Tienen que levantarse en armas simultáneamente, el día 1 de octubre en todas partes y que todos sepan con precisión qué tienen que hacer —indicó Hidalgo.

Allende se puso de pie con la copa en la mano, afirmando con vehemencia.

—El destacamento de los Dragones de la Reina está totalmente listo; es más, les consume la impaciencia por comenzar.

—Los comprendo —dijo Josefa—, yo estoy igual, y los días que faltan me parecen una eternidad.

Domínguez expresó su preocupación porque había escuchado rumores:

—Hay que ser extremadamente cautelosos o correremos el riesgo de que todo se frustre, como pasó con la conspiración de Valladolid; hubo muchas indiscreciones.

Josefa, poniéndose también de pie, se acercó a la mesa tomó la licorera de cristal para ofrecer más jerez, y exclamó con su pasión característica:

—¡Esto no lo para nadie!

—No te creas Josefa, movimientos más fuertes han abortado; finalmente la fuerza del gobierno es mayor —dijo Domínguez.

—¿Mayor que la del pueblo, Miguel? Aquí se trata de la gran mayoría de la población, contra un puñado de gachupines corruptos y prepotentes que han venido gobernándonos a su capricho, con criterio peninsular.

—Sí Josefa, pero en momentos como éste es más importante la razón que la pasión.

Hidalgo, conciliador, calmó al corregidor.

—¡Déjela, don Miguel!, ahora y siempre la pasión es indispensable. Eso justamente es lo que tenemos que transmitir a la gente, si queremos integrarla al movimiento; no olvidemos que nos vamos a enfrentar contra fuerzas organizadas y nosotros todavía no sabemos a ciencia cierta con qué contamos.

Ignacio Pérez, quien desempeñaba el cargo de alcaide en la cárcel de Querétaro, ubicada en las mismas Casas Reales, intervino:

—Tengo la certeza de que una vez iniciado, nada ni nadie lo detendrá. Llevamos casi tres siglos de dominación de un reino muy lejano y ahora, con la invasión de España por los franceses, la cosa es peor aún. Corremos el peligro de ser súbditos de Francia ¡el colmo!

—Es verdad —afirmó Allende, volviendo a tomar asiento— si no actuamos con oportunidad, los peninsulares van a organizarse para establecer su propio gobierno independiente y nosotros continuaremos en la misma situación. De hecho ya han comenzado a tomar acciones con tal fin. Si a alguien corresponde gobernar la nueva nación es a los que hemos nacido aquí.

El padre Hidalgo, hombre culto, inquieto, que hablaba francés, italiano y varias lenguas mexicanas, expresó:

—No olvidéis, señores, que lo que pretendemos no es nuevo ni original. Ya sucedió en las colonias inglesas; su independencia ha sido plenamente reconocida hace casi 30 años. Y ni qué decir de Francia, aunque aquí prohíban la publicación de los enciclopedistas: Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Mirabeau, los hemos leído, conocemos la Revolución francesa, es infantil pensar que nos pueden mantener ajenos e ignorantes de ello, sobre todo viviendo esta situación de inequidad que soportamos los nacidos en este suelo, como bien señala el capitán Allende.

Josefa encendida exclamó:

—¡Y ni qué decir de los mestizos! Para no hablar de los indios y negros en su esclavitud, tratados peor que animales. ¡No!, definitivamente las cosas tienen que cambiar.

—Así es —declaró Allende, poniéndose nuevamente de pie— es el momento de decidir la historia. Esto mismo está sucediendo en diferentes lugares: en Venezuela, en Argentina. En Caracas ya han establecido juntas que han declarado su independencia.

No todos han triunfado todavía, pero con seguridad lo van a lograr. Se le ha terminado el juego a la Corona; de hecho, ahora, lo que debe preocuparles es ver cómo salvan su propia cabeza puesta en riesgo por los franceses.

Viendo los ánimos inflamados, el alcaide Pérez llamó al orden.

—Cambiano de tema, señores, hay otra cuestión que debemos atender, y es sobre la Academia de literatura. Está comenzando a parecer sospechosa, pues las reuniones son cada vez más frecuentes y en cambio sus actividades han venido a menos. La gente se pregunta qué hacemos durante tantas y tan prolongadas reuniones.

—Es cierto —dijo Josefa—, mañana mismo convocaré al encuentro de poesía.

La taberna en Querétaro

El boticario Alberto Ruz y Luis Gallegos, dueño de “La Flor Queretana”, la mejor panadería de la ciudad, bebían catalán y comentaban los rumores. El tabernero Lucio limpiaba la barra con gesto preocupado, al tiempo que entraba Mariquita con una canasta en el brazo, quejándose del fuerte calor.

—Para mí, algo grave se está tramando —dijo el boticario. —Mi hermana vive en Dolores y me contó que su marido va todos los días a ver al padre Hidalgo y mira que no es para confesarse, porque el tipo es come curas. ¡Ah! y que sacó de la casa la escopeta y el arcabuz, que ojalá no lo use, porque dispara para adentro.

—Sí, todo el mundo cuenta cosas así —respondió el panadero—, pero no es la primera vez que salen con esas historias y finalmente no pasa nada.

—Pues eso espero —dijo Lucio—, porque a lo que se ve, a todos los españoles nos van a tupir parejo.

—Tú no te preocupes, Lucio —acotó su mujer—, no eres precisamente un capitán, además yo creo que si algo sucede, más de uno de los que estén en el enredo se ha echado una parranda aquí. En la plaza decían que ha venido gente del virrey para ver si es cierto que hay una conspiración, o revolución, o algo así.

—Se dice que hasta la corregidora tiene que ver con el asunto —comentó el boticario.

—No lo dudaría, esa mujer es bravísima —agregó el panadero.

—Sí ¡pobre marido! Lo tiene haciéndole hijos y todavía se las arregla para andar embrollando al mundo. Yo le daría sus buenos sopapos y la metería al orden —exclamó Lucio.

—Mira, Lucio, no seas envidioso; tú hablas así porque tú no cumples —dijo Mariquita—, provocando la risa de los parroquianos.

Molesto Lucio le dio un codazo y Mariquita, añadió:

—Orgulloso habías de estar de tener una mujer así. ¿Pero qué, deveras irá a haber esa mentada revolución?

Las habitaciones de las Casas Reales

Don Miguel Domínguez le ordenó al mozo que llamara a la señora, mientras se paseaba con preocupación. Cuando la vio aparecer exclamó:

—¡Josefa, la conspiración ha sido descubierta! El comandante militar acaba de llegar a las Casas Reales a exigirme, por órdenes del virrey, que detenga a los acusados.

—¡Dios mío Miguel! ¿quién fue el traidor?

—Eso no importa ahora, lo importante es ganar tiempo. Parece que nosotros no estamos entre los principales sospechosos, así que debemos actuar con mucha cautela y no hacer absolutamente nada, hasta ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—¿Qué tanto se sabe? ¿Saben del padre Hidalgo y de Allende? —preguntó Josefa.

—Parece que todavía no. La orden de aprehensión menciona sólo a los de Querétaro.

—Entonces hay que avisarles.

—¡No Josefa! Aunque no se nos menciona explícitamente, es claro que debe haber suspicacias respecto a nosotros. No olvides que tú has sido la principal promotora de la Academia de Literatura y muchas reuniones se han llevado a cabo aquí.

—Sí Miguel, pero ahora todavía hay una esperanza de que el movimiento pueda iniciarse. De hecho ya está todo listo. Si

permitimos que se detenga, posiblemente necesitaremos años para volver a organizarnos.

—Lo siento Josefa —dijo don Miguel—, pero ahora no podemos hacer nada más.

—¡Cómo que nada más! Podemos mandar avisarles con alguien de confianza.

—No insistas Josefa, es inútil...

—Miguel, yo no me puedo quedar con los brazos cruzados, sabiendo que todavía existe una posibilidad de salvar el movimiento.

—Josefa, no me obligues a tomar medidas mayores.

—No sé a qué te refieres Miguel, pero ciertamente no me voy a quedar sentada, viendo cómo van al matadero todos esos hombres que se han arriesgado tanto, por miedo a poner en peligro mi seguridad personal.

—Me tengo que ir, ¡Consuelo acompañe a la señora a su habitación!

—Miguel, ¡no puedes hacer esto! Comprende todo lo que está en juego; no somos ni tú ni yo, es la posibilidad de ser libres. ¡Por favor Miguel!, ¡tenemos que arriesgarnos! —gritó Josefa indignada.

—¡Usted Pedro! —le ordenó al mozo— esté pendiente aquí afuera, y que nadie entre a la casa en mi ausencia.

—Sí señor, pierda usted cuidado.

Josefa caminaba furiosa, dando golpes en la puerta y llamando a voces a don Miguel. Ante lo inútil del esfuerzo, se

sentó descorazonada en la silla del tocador con la cara entre las manos, sollozando, mientras la nana Consuelo trataba de calmarla.

—Ni modo, señora, ya ni llorar es bueno. ¡Qué le vamos a hacer!, y mire, tiene que pensar en la criatura que lleva dentro. Tanta muina le va a hacer daño.

En un desplante de orgullo Josefa se puso de pie y poniendo las manos en el vientre exclamó:

—Por él precisamente, Consuelo. Por él y por todos los que van a nacer. ¡Tenemos que darles una patria libre!

—Sí señora, pero por usted ya no quedó, hizo hasta donde pudo —dijo Consuelo.

Josefa se paseaba pensativa.

—¡El alcaide Pérez, claro, cómo no se me había ocurrido! Espero que esté en su casa, si no, alguien tendrá que estar. En alguna ocasión acordamos que si había algún problema nos llamaríamos con tres golpes.

Se dirigió presurosa a un rincón del cuarto y comenzó a dar golpes firmes en la pared y después en el suelo.

—Pásame un zapato con tacón grueso, Consuelo.

—¡Válgame Dios, señora! ¿Qué va usted a hacer?

Tras varios fuertes golpes en grupo de tres, se acercó a la cerradura de la puerta y abocinando ambas manos gritó con todas sus fuerzas.

—¡Señor Pérez, señor Pérez!

A lo lejos se escuchó una voz.

—Sí doña Josefa, la escucho, ¿qué pasa?

—¡Han descubierto la conspiración! Pero todavía no lo saben el padre Hidalgo, ni el capitán Allende, así es que inmediatamente corra usted a avisarles. ¡Dígales que comiencen ahora mismo, como se había planeado! —ordenó Josefa.

—Pero, señora, no es fácil...

—¡Vaya de inmediato señor Pérez, usted es la única esperanza para salvar el movimiento!

—¡Tiene razón!, ¡salgo al momento doña Josefa, pierda usted cuidado! —contestó agitado el alcaide.

—¡Pérez! Ahora todo está en sus manos; que Dios lo acompañe.

Josefa se alejó de la puerta al tiempo que Consuelo comentaba: —Pues aparte de Dios, que lo acompañe un buen caballo señora, porque lo que es si se lleva el que tiene que más parece burro, primero va a llegar toda la justicia.

Josefa tomó a Consuelo por los hombros con emoción y exclamó:

—¡Ay Consuelo, tenemos que lograrlo!

La casa de la calle del Indio Triste

II

La entrevista

Doña Josefa me citó por la tarde. Almorcé con toda calma, preparé dos frascos de tinta y tres plumillas, y llevé papel extra para no correr el riesgo de quedarme sin material a media entrevista. Deseaba que ella pudiera emocionarse como en otras ocasiones, me parecía subyugante verla recordar, apasionada, los momentos que la perturbaban. Entonces sus ojos parecían echar fuego y me intimidaba la fuerza con que movía las manos para enfatizar sus palabras.

Cuando recién salió del convento de Santa Clara para tener a su hija, eran famosos sus enfrentamientos con el canónigo José Mariano Beristáin, quien había sido enviado por el virrey a Querétaro, para averiguar quiénes eran los párrocos que apoyaban el movimiento independentista. Era éste un hombre más interesado en la situación política que en la eclesiástica.

El bachiller Juan Castillo, empleado en el archivo del Ayuntamiento, me había permitido copiar los informes que este espía de lujo le enviaba al virrey. Ahí descubrí lo que el canónigo

Beristáin decía sobre doña Josefa: “...y hay finalmente algún otro agente afectivo, descarado, audaz e incorregible, que no pierde ocasión ni momento de inspirar odio al rey a la España, a la causa y determinaciones y providencias justas del gobierno legítimo deste Reyno. Y tal es Sr. Excmo. la muger del Corregidor de esta Ciudad. Esta es una verdadera Ana Bolena, que ha tenido valor para intentar seducirme a mi mismo, aunque ingeniosa y cautelosamente...”.

Recuerdo que al poco tiempo la detuvieron para mandarla incomunicada al convento de Santa Teresa la Antigua, en la Ciudad de México. Además de la acusación de Beristáin, había otros informes que la calificaban como “muger revolucionaria que se expresa con la mayor locuacidad contra la nación española”, pero el más grave fue el reporte que mandó al virrey el doctor Agustín de Lopetedi, el 15 de abril de 1814: “La conducta de la Corregidora es notoriamente escandalosa, seductiva y perniciosa, todo lo cual ha disimulado el Corregidor haciéndose participante de los crímenes de aquella por su tolerancia debiéndolos corregir como magistrado y marido...”. Llevaba estas copias en mi cartapacio, para encontrar la ocasión de mostrárselas y ver su reacción. ¡Le van a salir chispas!, pensaba.

Aunque iba con tiempo suficiente, me detuvo una ceremonia funeraria en el templo de Santa Inés, que tenía prácticamente bloqueada la calle. Ahí se encontraba la cofradía de los pintores, por lo que pensé que posiblemente se trataba del

fallecimiento de alguno de sus miembros. Lo confirmé al ver salir presurosos a varios de los artistas de la Academia de San Carlos, que se encuentra a unos pasos. Finalmente logré pasar y llegué puntual, a las cuatro de la tarde. Esperé un rato en el recibidor y apareció doña Josefa, esta vez con un traje color vino, que hacía un bello contraste con su tez acanelada y las hebras plateadas del pelo entrecano, recogidas con su característica peineta de carey. Pasamos a la misma sala donde se había llevado a cabo la entrevista anterior y en donde ya estaba en la mesita de centro, una charola con rosquillas de manteca y una jarra de chocolate humeante.

Directa me preguntó:

—¿De qué quiere hablar hoy?

—De lo que sucedió cuando se descubrió la conspiración —le contesté igualmente directa.

Eso me gustaba de ella; era muy distinta a los mexicanos que siempre inician la plática con innumerables preguntas corteses y tardan un buen tiempo en entrar en materia. Yo me había acostumbrado en Boston al estilo directo y me costaban trabajo esos preámbulos floridos.

Pensativa y frunciendo el ceño musitó:

—Fue muy duro, Miguel tenía muchas presiones, no quería delatar a los amigos, pero por su función de corregidor tenía la obligación de detenerlos e interrogarlos. Hubo muchos delatores. Es increíble que haya tantas personas que se doblegan con

facilidad, lo cual es inconcebible cuando se trata de principios. Nos acabaron deteniendo. A Miguel lo llevaron al convento de La Cruz, y a mí al de Santa Clara. Las pobres monjas, a quienes tanto habíamos apoyado, estaban tan mortificadas que fui yo quien terminó consolándolas. Al final me dejaron salir porque estaba a punto de dar a luz y pensaron que la nueva criatura me aplacaría. ¡Estaban equivocados! Fue una niña, y ella me dio más fuerza para seguir en la lucha. A Miguel lo soltaron porque el alcalde del crimen, don Juan Collado, a quien había enviado el virrey al día siguiente de iniciado el movimiento, recibió fuertes presiones de la República de naturales, o sea la de los indios, a quienes Miguel siempre protegió. Era tan fuerte la presión, que no sólo lo puso en libertad sino que lo restituyó en su cargo. Era un hombre humanitario que creo que en el fondo, simpatizaba con la causa.

—¿Qué sucedió con él? —pregunté con curiosidad.

—Aunque al principio el virrey lo apoyaba, los enemigos de la causa lo acabaron convenciendo de que Collado estaba dejando crecer las cosas por debilidad, y con el pretexto de mandarlo como regente de Caracas, lo sacaron de Querétaro.

—Cuando salió usted del convento ¿siguió apoyando el movimiento? —inquirí.

—¡Por supuesto! Tenía una situación privilegiada como esposa del corregidor, lo que hacía relativamente fácil recibir y enviar a los insurgentes información de lo que sucedía.

—¿Esto le causaba problemas con don Miguel?

Doña Josefa dudó brevemente antes de dar un rotundo...

—¡Sí!, tengo que reconocerlo, le di muchos problemas, pero no había alternativa.

Recordé los informes que había copiado en los archivos del Ayuntamiento y que traía en la bolsa. Decidí no mostrárselos, pues ya estaba bastante inflamada y seguramente le indignarían. Sin embargo, consideré que debía por lo menos mencionarlos. Su reacción me sorprendió. En contra de lo que imaginaba, rió gozosa; parecía una niña traviesa cuando recuerda una pillería.

—¡Ah, cómo hice sufrir a ese ruin canónigo Beristáin! Era un verdadero infame que finalmente logró su cometido. Me enviaron a México, y aunque por suerte no consiguió recluirme en la cárcel de Belén como era su deseo, me tuvieron incomunicada en el convento de Santa Teresa.

A partir de ese momento, fue como abrir una llave de agua. Doña Josefa se soltó dando una reseña pormenorizada de las comunicaciones que mandaba y de los problemas que éstas le ocasionaban al corregidor, las constantes llamadas de atención que le hacían y las frecuentes denuncias en su contra. Le comenté que se murmuraba que el tal canónigo Beristáin había sido amante de la famosa “Güera” Rodríguez, en cuya casa vivió un tiempo junto con el esposo, pretextando que ahí había calma para poder escribir.

—No lo dudo —dijo— el malandrín es capaz de cualquier bajeza. Es increíble como lograba seducir y convencer. Trataba

de cambiar mis ideas independentistas y quería que delatara a los insurgentes. ¡Imagínese!, cómo no iba a hablarle con altanería.

—También se dice que usted tuvo enfrentamientos con los guardias que la trasladaron a la Ciudad de México...

—¡Por supuesto!, me parecían unos cobardes. Hubiera visto esa numerosa escolta, sólo para custodiar a dos mujeres y un infante. Por eso me negué a probar el alimento que pretendían darme. Al parar en las postas de descanso, me encerraba con Consuelo y la niña, y sólo probaba la comida que llevábamos o la que podía comprar Consuelo a los fonderos.

Corría el rumor de que al llegar a las puertas del convento dijo a la guardia que la escoltaba: “Tanto soldado para custodiar a una pobre mujer; pero yo con mi sangre formaré un patrimonio para mis hijos”.

La plática se había extendido mucho y me di cuenta que se acercaba el anochecer. Me despedí y quedamos de reunirnos nuevamente la siguiente semana, a la misma hora.

Cuando salí ya se instalaban en las esquinas las mujeres con sus puestos de tamales y atoles. A mí me gustaba el que preparaban con chocolate que siempre acompañaba con un pan blanco que también vendían ahí, sabrosísimo, muy distinto a los bizcochos, mamones y magdalenas que podía encontrar en los cafés y lecherías. Las “pateras” comenzaban a aparecer con su característico pregón de “ipatooo cocidoo!; itortillas con chile!”. La ciudad bullía de actividad y a nadie parecían importarle los charcos de

agua que al colarse entre el empedrado mal puesto hacían que los carruajes jalados por caballos y mulas salpicaran a todos los que íbamos a pie. Había que evadirlos constantemente, con el riesgo de ser arrollados. La luna comenzaba a asomarse y hermosos tonos naranjas y violáceos cubrían el cielo de otoño en la majestuosa Ciudad de México.

La taberna en Querétaro

Al entrar a la taberna, el boticario Alberto Ruz exclamó, acercándose a la mesa que ya ocupaban el panadero y el escribano:

—¡Bueno!, pues parece que siempre sí explotó la trifulca, y parece que va a estar duro. Por todos lados se está levantando la gente.

Dando un trago largo de vino el escribano Gil Blaz añadió, con tono de alarma:

—Sí, el asunto pinta mal. ¡Detuvieron a los corregidores! Doña Josefa está presa en el convento de Santa Clara y don Miguel en el de La Cruz. Supieron que fue ella quien mandó alertar al cura de Dolores y al capitán Allende, en San Miguel.

Lucio comentó mientras limpiaba la barra con su trapo húmedo:

—¡Tenía que ser! Si ya decía yo que a esa mujer debían haberle dado sus sopapos y la hubieran tenido controlada.

Mientras Mariquita servía una copa de catalán al boticario, regañaba a Lucio:

—Cállate tonto, ¿y qué más se sabe? —continuó dirigiéndose a Alberto.

—Se dice que se está preparando la toma de Querétaro para salvarlos del encierro.

—¡Joder! Si eso es verdad, más vale que me pinte de aquí por un tiempo. Andan diciendo que uno de los lemas de los rebeldes es: “¡Vamos a coger gachupines!”. Y como no se den cuenta que yo soy un español bien nacido, que no se mete en el gobierno, ni en política —se quejó Lucio.

—Según corren las noticias, los insurgentes van avanzando invictos. Se dice que ya tomaron Guanajuato —afirmó Gallegos.

—Pues la verdad, no podríamos desear algo mejor —dijo Blaz levantando la copa de jerez con un gesto de brindar. —Yo lo veía muy difícil; pero si se logra, todo va a cambiar aquí. ¡Imagínense! ser un país en el que cualquiera pueda aspirar a tener un puesto importante de gobierno.

—¡Y en un futuro escoger libremente a quién nos gobierne! Se acabará el despotismo y la corrupción —exclamó el escribano entusiasmado.

—¡No, no! No se hagan tantas ilusiones, esos vicios son tan viejos como la humanidad, y no se van a acabar; van de la mano con el poder. El hombre de mejor intención, sea español, mestizo o chino, cuando lo prueba ya no lo quiere soltar; se vuelve prepotente y corrupto con tal de conservarlo —afirmaba Gallegos moviendo la cabeza duditativamente.

La conversación se interrumpió por el sonido del trote de caballos sobre el empedrado de la calle.

—¡Shhhh! —dijo el boticario—, es la guardia de caballería que ya ha aumentado la frecuencia de los rondines.

—No se preocupen, no hay problema —dijo Lucio— aquí se toman sus chinguiritos.

El escribano, retomando la plática expresó: —No estoy de acuerdo, afortunadamente algunos entienden el poder como medio para hacer el bien común y no para su gloria personal.

Dando un sorbo largo de catalán respondió el boticario —admiro tu optimismo; pero quisiera que me nombraras uno que piense así y haya logrado mantenerse en el poder. Basta ver que aquí todos los gachupines compran los cargos y se mantienen en ellos por la corrupción y las componendas.

—¡Hombre! Entonces para qué diablos han inventado esta revolución. Nos hubiéramos quedado como estábamos. ¡En santa paz! —intervino Lucio, moviendo en el aire su trapo oloroso a licor rancio.

—¡Ay Lucio, te digo que tú no dices más que burradas! —exclamó Mariquita, que permanecía recargada en la barra escuchando atenta la discusión.

—Aunque sean igual de malos, es mejor que te gobiernen tus propias gentes. Y quién sabe, a lo mejor con el tiempo las cosas van cambiando —defendía el escribano Blaz.

En ese momento entró el músico con su vihuela y Mariquita conciliadora propuso:

—Bueno, bueno, no se pongan tan serios, mejor que Manuel nos cante unas coplillas.

El convento de Santa Clara en Querétaro

Cargando una canasta cubierta con una servilleta bordada, la nana Consuelo cruzó el portón que daba acceso al convento, resguardado por altos muros de piedra. La madre portera revisó el contenido y le dio acceso al gran patio rodeado de arcos, en donde algunas religiosas paseaban con sus hábitos grises y una blanca toca que sólo dejaba ver el óvalo del rostro. En la fuente del centro, una monja con las mangas remangadas llenaba de agua dos cubos de madera.

La madre superiora se acercó a recibir a Consuelo y trató de tomar la canasta para entregársela a doña Josefa, pero la nana la abrazó con fuerza y le pidió verla personalmente. Argumentó que le traía mensajes de sus hijos; el rostro de la monja se suavizó y expresó —¡acompañeme!

Caminaron por un largo pasillo con puertas en ambos lados, hasta que finalmente, en una de las últimas, la superiora se detuvo, tocó dos veces y abrió la puerta sin esperar respuesta. En la estrecha celda, doña Josefa se encontraba sentada en el poyo de la ventana, mirando con melancolía hacia el pequeño patio interior, en donde una religiosa alimentaba a las gallinas.

Al ver entrar a Consuelo se levantó presurosa y corrió a abrazarla; la monja con una sonrisa cómplice, se retiró, cerrando suavemente la puerta.

Consuelo miró a su alrededor la austera celda: un estrecho camastro, una mesa, una silla y un Cristo en la pared; bajo la cama se asomaba la bacinilla. Consuelo se estremeció y exclamó:

—¡Hay señora, mire nomás! Quién diría que la habían de encerrar aquí en el mismito convento de Santa Clara, a donde veníamos a rezar y a traerle a las madrecitas su ayuda.

—Un convento siempre es mejor que una prisión Consuelo.

—Pues sí, pero no sé porqué al señor ya lo dejaron salir del de La Santa Cruz y en cambio a usted que es mujer, con tanta criatura y punto de dar a luz; ¡ya ni la...!

Josefa, callándola con una seña, le preguntó:

—¿Anduviste averiguando lo que te dije? ¿Qué es lo que oíste?

—Pues no mucho más de lo que ya le dije la última vez. La verdad hay tanto revoltijo, que una no sabe ni qué creer. Que soltaron a los presos y andan diciendo que los soldados de Allende se juntaron casi todos. También el otro de uniforme, el que iba a la casa ¿cómo se llama?

—Aldama, Juan Aldama.

—¡Ese mero! —contestó Consuelo.

—Sí, los Dragones de la Reina. Ya contábamos con ellos.

—Y muchos hombres de los pueblos por donde van pasando se suman al movimiento. ¡Mucho indio también! ¡Ah!,

también dicen que la bandera que usan es la de la Virgen de Guadalupe. Yo digo que eso está bien, porque en esa todos creen.

—Y como capitán general quedó el padre Hidalgo, ¿verdad?

—Sí, él es el mero jefe. Pero la gente está con miedo porque dicen que anda habiendo mucha matazón; y ora ya ve que dicen que van a llegar hasta acá.

—Pues sí Consuelo, desgraciadamente eso es inevitable, ¡es el precio de la libertad!

El salón de la casa de los corregidores

En el salón de recibir de las habitaciones personales del corregidor, que se encontraban en la parte alta de las Casas Reales, don Miguel Domínguez y el abogado Parra, sentados el uno frente al otro en los altos sillones forrados de terciopelo, platicaban bebiendo una copa de vino. Al fondo se escuchaban las voces y risas de los niños.

—¿Y qué ha sucedido con doña Josefa? —preguntó el abogado.

—Ya logré que la dejen salir. Pasado mañana voy por ella. Tuve que apelar a su embarazo, pues desgraciadamente su fervor independentista y su participación en la conjura quedaron ampliamente comprobados. Confío que con esta experiencia se esté tranquila.

—¿Ya se habrá enterado del asalto a la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato?

—No se lo he querido decir —explicó el corregidor—. Ya ve que una vez tomada la plaza, la muchedumbre se dedicó al asesinato y al saqueo. Todo esto contra la voluntad del padre Hidalgo quien inclusive publicó un bando, amenazando con la pena de muerte a los criminales. Todo esto va a enfurecer a Josefa, ya sabe usted cómo es de apasionada.

—¿Y qué me dice usted de los preparativos contra el mencionado ataque de los insurgentes? —interrogó Parra, mientras levantaba la copa para que el mayordomo Pedro le sirviera más vino.

—En eso estamos. Imagínese lo difícil de mi situación. Afortunadamente, el comisionado Collado no encontró suficientes pruebas en mi contra y el proceso se cerró. Vamos a ver si ahora que salga Josefa no nos mete en dificultades. La situación sigue muy delicada, están muy al pendiente de lo que hacemos. Yo tengo instrucciones para prepararnos a repeler el ataque insurgente y en eso hemos estado. No se sabe cuándo será, pero tenemos seguridad de que se va a llevar a cabo.

—Pues a ver cómo salimos de ésta —dijo Parra.

Don Miguel se puso de pie y explicó —bueno, discúlpeme pero me tengo que ir; como le había comentado, hoy se dedica el retablo que realizó el arquitecto Tresguerras en el convento de San Francisco y han preparado una ceremonia solemne, que me he comprometido a presidir con el obispo. Como están las cosas, ahora es muy importante tratar de llevar buenas relaciones con el alto clero, que son de los principales opositores al movimiento.

La recámara de las Casas Reales

Sentada en una mecedora de mimbre, Josefa amamantaba a su hija recién nacida y la observaba con ternura:

—¡Qué fuerte es! no en balde es hija de la Independencia. A ella le tocará seguir con la lucha.

Se levantó y se la entregó a la nana Consuelo, mientras se abrochaba la camisa de lino y la fajaba con la larga falda. —Sus hijas o sus nietas podrán ser libres de estar en todo; a ellas no les van a amarrar las enaguas como a nosotras.

—Pus eso sí —coincidió Consuelo.

Gritos infantiles interrumpieron la plática y Josefa salió de la habitación para encontrarse con una disputa entre tres de los niños más pequeños, ante la mirada divertida de la hermana adolescente, a la que la madre ordenó con firmeza —¡Manuela pon en orden a los niños! Ya sabes que a estas horas son tu responsabilidad.

Apareció Consuelo con la recién nacida en brazos y Josefa inquirió:

—¿Ya llegó el alcaide Pérez?

—Yo creo que es el que está tocando —contestó Consuelo.

Se escuchó el aldabón mientras Josefa se echaba una mirada en el espejo con marco dorado del pasillo, se arregló el pelo, le hizo una última caricia a la niña, la besó y echándose el chal sobre los hombros, —le dijo a Consuelo— ahí te la encargo mucho.

Entró a la sala al tiempo que el mozo le abrió al alcaide.

—¡Señor alcaide! —lo recibió saludándolo efusivamente.

Lo invitó a sentarse en el sofá, cerca de ella, mientras el mozo traía una charola con servicio de té y una licorera de cristal con jerez, de la que Josefa sirvió con coquetería.

—¿Cómo está la pequeña? —preguntó el alcaide.

—Muy bien, muy bien. Fuerte y hermosa.

—¡Ah!, como la madre —comentó Pérez.

Josefa rió seductora al tiempo que decía:

—Qué gentil, señor alcaide. Pero dígame; ¿cómo ve usted las cosas?

Adoptando un aire de cierta importancia, mientras daba sorbos al jerez explicó:

—Pues mire doña Josefa, las cosas están bastante complicadas. Sé que ha habido ciertas diferencias entre el padre Hidalgo y el capitán Allende, a raíz de la derrota de Aculco; se dice que cada uno se está organizando por su lado.

Josefa exaltada expresó:

—¡Pero eso es gravísimo! Si nos dividimos vamos a perder.

—Lo sé doña Josefa. Eso ha desmoralizado a las tropas; hay una gran deserción.

—¡Hay que hacer algo! Alguien a quien respeten, con autoridad moral, tendrá que tratar de juntarlos.

Josefa lo miró intensamente a los ojos y le dijo poniendo dulcemente su mano sobre la de él:

—¡Usted! Don Ignacio. Nadie mejor que el hombre que arriesgó su vida para prevenirlos, cuando descubrieron la conspiración. A usted sí lo van a escuchar.

Nervioso el alcaide contestó:

—Pero doña Josefa, esto es distinto. Están en el frente de batalla. No es fácil encontrarlos y el riesgo es tremendo. Además de las tropas de los enemigos, por todos lados hay bandas de rufianes que aprovechan el caos y se dedican a asaltar y a asesinar.

—Precisamente, por eso digo que usted es la persona adecuada. Tiene que ser alguien de gran valor comprobado ¿quién mejor? Le aseguro que si yo pudiera, ahí estaría. ¡Y no permitiría este tipo de cosas!

—No lo dudo —contestó Pérez con tono de mortificación.

—Veré qué puedo hacer.

Momentos después, mientras le servía otra copa de jerez, le dijo Josefa con tono sereno:

—No se preocupe, yo lo voy a ayudar en eso. Antes que nada hay que averiguar exactamente dónde están. Alguien debe tener esa información. ¿Qué le parece si usted se entera por su lado, yo por el mío y nos vemos aquí pasado mañana?

Lo acompañó a la puerta; al despedirse, el alcaide le besó la mano efusivamente. En ese momento llegó don Miguel. Turbado, Pérez comentó que pasó a saludarlo y como no lo encontró, aprovechó la ocasión para platicar unos momentos con la señora y se despidió de inmediato.

Al observar las copas y el jerez sobre la mesa de la sala el corregidor preguntó.

—¿Qué hacía aquí Pérez?

—Como te dije, pasó a saludarte y lo invité a entrar para que me platicara los últimos acontecimientos —y riendo nerviosa expresó: —¡Ya sabes cómo soy de curiosa!

Don Miguel, raro en él, levantó la voz y exclamó molesto:

—¡Josefa, otra vez te estás metiendo con los insurgentes! ¿Qué no has tenido suficiente? ¡Nunca te han bastado tu marido, tus hijos, tu casa! Tienes todo lo que cualquier mujer quisiera tener en la vida; pero tú insistes en meterte en mil enredos, que no sólo afectan nuestra vida familiar, sino mi trabajo. ¿Sabes los problemas en que me metes? Constantemente recibo llamadas de atención para ¡qué controle a mi mujer! Es el colmo...

Josefa en tono consternado le respondió:

—Miguel, tú y mis hijos son lo primero en mi vida, pero no puedo hacerme a un lado cuando está en juego el futuro de mi patria. Si yo, por las circunstancias que me han tocado vivir puedo colaborar en algo, ¡tengo que hacerlo! Trata de comprender, Miguel.

Más calmado, respondió:

—No Josefa, no puedo comprender; te amo profundamente, admiro tu carácter y decisión, por eso me prendí de ti, desde que te vi entre las internas del Colegio de las Vizcaínas, caminando con singular desplante. Eras la única con la cabeza

erguida, enfrentando las miradas sin timidez alguna; y cuando me enteré de que tú misma habías solicitado tu ingreso para librarte de la triste situación en que vivías, entonces decidí que serías mi esposa. Pero yo creí que te bastaría el amor y la seguridad que he procurado darte.

—¡Ay Miguel!, no es que no me baste tu amor y mis hijos. Eso es una cosa. Pero hay principios y valores con los que debe uno comprometerse en la vida y si en un determinado momento éstos exigen sacrificios, tiene uno que hacerlos, si se quiere seguir viviendo en paz consigo mismo.

Resignado exclamó —¡Ay Josefa!, ¿por qué no puedes ser como las demás mujeres?

Como respuesta, Josefa se le acercó cariñosa, le dio un beso y se sentó junto a él acurrucándose entre sus brazos.

La taberna en Querétaro

Mientras sacaba el corcho de una botella de vino, presumiendo que era navarro. Lucio preguntaba:

—¿Cuándo llega el nuevo corregidor?

Gallegos el panadero, quien compartía una mesa con el escribano Gil Blaz, le respondió:

—Al parecer llegará la siguiente semana...

¡Es una lástima que se vaya don Miguel! La verdad él y su mujer son los mejores que hemos tenido en mucho tiempo.

—Sí —afirmó Gallegos— es una lástima, pero doña Josefa no cesaba de ayudar a los insurgentes y eso no podía tener buen fin. Esto tenía que pasar. Escuchen lo que dijo en la última misiva que envió al virrey el canónigo Beristáin. Me lo escribió el secretario de juntas que siempre pasa temprano por el pan, que le gusta recién horneado —pasándole el papel al escribano le dijo— léalo usted que se le da mejor.

—¡Anda! esto está fuerte “agente efectivo, descarado, audaz e incorregible que no pierde ocasión ni momento de inspirar odio al rey, a la España, a la causa y determinación justa y legítima de ese reino”.

—¡Pardiez! —exclamó Lucio—. ¡Pobre corregidor! y a ver cómo resulta el nuevo; esperemos que no llegue a inventar alcabalas o leyes estúpidas, para joder a los que trabajamos con honradez.

—¡Ay, Lucio! Tú hablando de honradez —lo cuestionó Mariquita—. A los que están borrachos les rebajas tanto las bebidas que a veces es casi pura agua.

—¡Ah!, pero es por su bien —respondió Lucio.

—De acuerdo, ¿pero a poco también son por su bien las cuentas infladas que les cobras?

—Calla mujer, calla. ¡Vaya! No sé cómo te soporto. Un día de éstos te voy a dar tus buenos sopapos.

—¡Tú y tus sopapos de palabra! Si cuando levanta la voz cualquier borrachín, te escondes tras la barra.

—Son estos tiempos mujer, que no gana uno para sustos.

Gallegos los escuchaba con una sonrisa al tiempo que preguntó:

—¿Y a dónde se va don Miguel?

—A la Ciudad de México —contestó Gallegos—, porque ya encerraron otra vez a doña Josefa, ahora en el convento de Santa Teresa y él quiere estar cerca de ella. Parece que está delicada de salud.

La casa de la calle del Indio Triste

III

La entrevista

Como salí con muy buen tiempo, esa tarde decidí tomar otra ruta para llegar a casa de doña Josefa. Caminé al lado de la Acequia Real pues me gustaba pasar por los portales del Águila de Oro y el de los Agustinos, en donde se encontraban muchas de las mejores librerías. En algunas de ellas se localizaban también las agencias en donde se adquiría la suscripción a los periódicos: *El Diario de México*, *La Gazeta* y *El Pensador Mexicano* que eran los más solicitados. Ahí está la de Andrade, en donde se reúnen por las tardes en tertulia cultos señores, algunos de los cuales tengo el gusto de conocer, como don Lucas Alamán, a quien no se me ocurriría comentarle mis entrevistas con doña Josefa, pues ciertamente no comparte sus ideas revolucionarias. De origen guanajuatense, se dice que su familia perdió todos sus bienes cuando Hidalgo tomó la ciudad de Guanajuato.

Perdida en estos pensamientos me percaté que el cielo se había nublado. Decidí entonces continuar bajo techo por si se soltaba la lluvia. Después de husmear en varias alacenas de libros,

caminé por el Portal de las Flores. La vista de la gran Catedral como siempre, me deslumbró. Me asombraba saber que tardó casi 300 años en concluirse, por lo que tiene muchos estilos arquitectónicos, según nos explicó en una tertulia en la casa de la marquesa de Xala, don Manuel Tolsá, el arquitecto valenciano que fue quien concluyó la obra. Al poco tiempo de ese encuentro falleció, dejando una profunda huella de su presencia en el país en magníficas construcciones neoclásicas. Él fue de los principales impulsores de ese estilo arquitectónico a su llegada a la Nueva España a fines del siglo XVIII, contratado como maestro de la Real Academia de San Carlos.

¡Ah!, el Portal de las Flores, que encanto tiene con su variedad de mercancías: aquí, el cajón de los sarapes, los sombreros y la ropa hecha al gusto de las regiones, luego el de dulces, más adelante los puestos de flores naturales que perfuman el pasaje y enseguida, las de papel de colores rechinantes. Allá las mesillas de libros. Decidí comprarle unas rosas a doña Josefa.

Continué mi caminata junto a la Acequia Real hasta el cruce con la calle de Correo Mayor, que habría de convertirse en la del Indio Triste. Llegué un poco antes de tiempo y decidí echar una mirada al cercano convento de Santa Teresa, en donde estuvo presa doña Josefa. Me detuve un rato frente al templo, notable por sus portadas gemelas enmarcadas por ondulantes columnas salomónicas y una de las cúpulas más altas de la ciudad. Aquí también tuvo que ver don Manuel Tolsá, quien a fines del siglo pasado le

dio sus toques neoclásicos a la obra barroca y don Rafael Ximeno y Planes, igualmente maestro de la Academia de San Carlos, pintó maravillosamente el interior de la cúpula; es sin duda una de las construcciones más bellas. Recordé que aquí profesó un tiempo sor Juana Inés de la Cruz, esa mujer notable que dejó una obra literaria excepcional. Se dice que estuvo poco tiempo porque no aguantó los rigores de las Carmelitas Descalzas. Después ingresó al convento de San Jerónimo en donde vivió hasta su muerte en 1695.

Regresé a las cuatro en punto y al segundo toque del aldabón el mozo me abrió la puerta, me pasó a la salita de siempre y me ofreció una taza de chocolate que decliné. Es impresionante la afición que hay en nuestro país por esa bebida heredada de las culturas prehispánicas. Se bebe por la mañana al despertar con algún bizcocho; después del almuerzo, que es abundante; se vuelve a tomar a media tarde y antes de dormir!

Apareció doña Josefa con un severo traje gris, en un tono más claro que el del chal que le cubría los hombros. Se veía ojeyrosa y cansada. Se disculpó por haber tardado en bajar porque estaba reposando. Me comentó que no había estado muy bien de salud.

Le dije que si gustaba regresaba otro día, ya que no quería importunarla, y le entregué las rosas. Su rostro cansado se iluminó con una sonrisa y me dio las gracias con un breve abrazo, lo cual me sorprendió porque usualmente era muy seca en su saludo.

Con la mano me indicó que me sentara preguntándome qué quería tomar. Con cierta picardía inquirió: —¿no se le apetece un anicete?, creo que iría bien con la tarde nublada.

Me reí y contesté afirmativamente. Pidió al mozo que prendiera el quinqué que se encontraba en la mesa cubierta, le ordenó las bebidas, y se acomodó en el sofá.

Ahora sí —dijo con una leve sonrisa—, ya podemos empezar ¿de qué vamos a platicar hoy?

—¿Le parece que hablemos de su llegada al convento de Santa Teresa?

—Bien, bien, comencemos... fue muy duro, porque me tenían incomunicada. La celda de paredes de piedra desnuda, era muy húmeda y deprimente. Constantemente me enfermaba, vivía con tos y dolor de pecho. A mi soledad y pena personal, se sumaba ver la angustia de Miguel. En cada visita lo veía más envejecido. No dejaba de hacer gestiones para que me dejaran salir. Yo misma le escribí varias cartas al virrey solicitando su clemencia, pero todo fue inútil.

—Sin duda muy distinto a lo que vivió en el convento queretano.

—¡Sí!, a no dudarlo, en Santa Clara podía salir de la celda, convivir con las hermanas, pero en Santa Teresa no podía ver a nadie. Era como una prisión. Sólo dejaban entrar a Miguel unos minutos y en contadas ocasiones a mis hijos y a Consuelo y era por mi mala salud, pues en otras circunstancias hasta eso me hubieran prohibido.

—¿Sus hijos estaban aquí en la Ciudad de México? —la interrogué, pensando en la dificultad de organizar la vida de tantos niños, muchos de ellos criados en Querétaro donde seguramente tendrían un gran arraigo.

—Eso fue un problema —respondió.

—Afortunadamente algunos de los hermanos mayores ya tenían sus vidas hechas allá y se ocuparon de varios de los más chicos, sobre todo de los que estaban en la escuela y no podían interrumpir sus estudios. Los más pequeños se vinieron a México con Miguel y María Ignacia, quien tuvo que hacerse cargo de ellos, ayudada por la nana Consuelo, que ha sido en muchos sentidos una madre para ellos. No sé qué hubiéramos hecho sin ella.

Le pregunté si le llegaba información de lo que sucedía en el movimiento insurgente, degustando las últimas gotas del anicete que me había caído muy bien.

—Poca, muy poca, pero fue terrible cuando me enteré de nuestras derrotas y la ejecución de nuestros más queridos amigos. ¡Y la más vil de todas las crueldades, cortarles las cabezas y colgarlas en la Alhóndiga de Granaditas! Los había recordado tantas veces en esa soledad de la celda; Hidalgo, proyectando con pasión las grandes líneas de acción del movimiento. El gallardo Allende, estableciendo impecablemente las tácticas militares y el noble Aldama, el más sereno, tomando minuciosas notas de todo.

Los ojos se le nublaron y en ese momento, por fortuna, entró el mozo, lo que la distrajo de sus tristes recuerdos. Pedro traía

en la mano un candelabro de tres luces que colocó en la mesa de centro, preguntando si se ofrecía algo.

Advertí que comenzaba a caer la tarde. Doña Josefa me ofreció otro anicete que ya no acepté, e insistió en que tomara una taza de chocolate, con unas empanadas de ate de fruta, que le enviaban cada semana las monjas del convento de Santa Catalina de Siena, en donde pasó los últimos dos años y medio de encierro. Ello me dio pie para preguntarle sobre su estancia en ese monasterio, donde seguramente la recordaban con cariño a juzgar por tan exquisitos regalos.

—¡Ese fue un buen lugar! Yo conocía a la madre superiora porque estuvo en el convento de Querétaro. Sin duda eso ayudó a que me dieran un buen trato. Además hay que reconocer que los dominicos son personas finas e ilustradas, predicadores, cuya cultura alcanza en cierta medida a las monjas, gente con quienes uno se puede entender.

—¿Qué tan duras era ahí las condiciones materiales?, ¿cómo eran la celda y los alimentos?

—Dése una idea —me contestó al tiempo que me acercaba el plato con las empanadas—, pruebe usted qué cosa más sabrosa. Estas dominicas gustan de la cocina y aunque fuera sencilla era apetecible y, con todo lo que me llevaban Consuelo y mis hijas, la verdad lo que menos padecí fue hambre. La celda no era mala, daba al sur, tenía buena temperatura y me permitían tener libros y unas macetas con flores en el poyo de la ventana. Esto le quitaba severidad a la celda.

—¿Pudo mantener la relación con sus hijos y con don Miguel?

—Sí, los veía con frecuencia, aunque claro con los que estaban en Querétaro fue más difícil. No se crea, eso me causaba un gran sentimiento de culpa. En más de una ocasión me pregunté si habían valido la pena tan grandes sacrificios personales, por la adhesión a un ideal que parecía no acabar de materializarse nunca. Ahora estoy convencida de que sí... sí valió la pena.

—Dígame doña Josefa, ¿ahí continuó en contacto con los insurgentes? —le pregunté tomando un sorbo del chocolate espumoso que acompañaba la golosina dominica, que de verdad estaba exquisita.

En un cambio súbito de estado de ánimo, sonrió con picardía, puso un dedo en el hoyuelo de su mejilla y contestó bajando el tono de voz:

—Debo confesarle que aprovechando la tolerancia de las monjas, en más de una ocasión me entrevisté con algunos insurgentes en la portería del convento.

No pude evitar reír al escucharla contar su aventura en un tono entre confidencial y de travesura. En ese ambiente cálido e informal que surgió, platicamos como viejas amigas. Me contó acerca de las ceremonias que realizaban en el convento para honrar al Señor del Rebozo, una imagen de Cristo crucificado al que se le atribuyen milagros, que son agradecidos por las feligreses con rebozos, de los que ya hay una nutrida colección que rodea la venerada efigie.

Al levantar los ojos vi el patio de la casa ya casi a oscuras y entendí que debía irme rápido antes de que se hiciera completamente de noche. Aunque los serenos rondan y mantienen iluminadas las farolas con el aceite de nabo, no era prudente para una mujer sola andar en las calles al anochecer. Se lo comenté a doña Josefa mientras comenzaba a guardar tintero, plumillas y papel, y nuevamente con toda sinceridad le agradecí las horas que me destinaba y la riqueza de su plática.

—¡Cómo! —exclamó— ¿se va usted sola?, ¡de ninguna manera! que la acompañe Pedro.

No hubo manera de disuadirla. Me puse la capa y los guantes, y me despedí estrechándole ambas manos entre las mías, con la intención de transmitirle el afecto y admiración que cada día, con más intensidad, sentía por ella. Así salí al bullicio nocturno acompañada por Pedro.

La taberna en Querétaro

No obstante el paso de los años, los queretanos seguían pendientes de la vida del matrimonio Domínguez. Muchos continuaban considerando a don Miguel el mejor corregidor que habían tenido y estaban muy orgullosos de la participación valiente de doña Josefa en el movimiento independentista. La consideraban su heroína, de modo que ambos seguían siendo tema en las pláticas de la taberna.

Esa tarde Mariquita atendía las mesas, en una de las cuales se encontraban los tres parroquianos habituales: el panadero Luis Gallegos, con la salud menguada, pero sin perder el ánimo, el escribano Gil Blaz y el boticario Alberto Ruz. En otra mesa tres cómicos de la legua que daban sus funciones en un teatro improvisado en la Plaza del Marqués, jugaban tresillo y hablaban estruendosamente, ayudados por varias botellas de aguardiente barato, que Lucio tenía para ese tipo de clientes.

Sin quitarse los sombreros de palma fina, en la mesa del rincón bebían catalán, sin cruzar palabra, dos arrieros de paso hacia Guajuato, mientras en el patio trasero daban de beber agua a las mulas que cargaban sus variadas mercancías. En ese reducido espacio se mezclaban los olores que despedían las copas de licor, con el de la gamuza de las chaparreras de los arrieros y el humo de los cigarros.

La puerta rechinó al abrirse y entró el regidor Vicente Jiménez, respetado cacique indio, gobernador de la república de naturales. El escribano Blaz lo invitó a sentarse a la mesa para comentar las últimas noticias, pues conocía el afecto que el viejo cacique les tuvo a don Miguel y a doña Josefa. De hecho, él fue uno de los que más influyó para que dejaran salir al corregidor del convento de la Cruz, cuando lo detuvieron a los pocos días de haber sido descubierta la conspiración.

—¿Ya saben la última noticia de doña Josefa? —comentó Blaz.

—No me digas que después de tantos años de encierros en conventos, no escarmentó y sigue dando guerra —inquirió Alberto Ruz.

—¡Escuchen ésta que es buenísima!; a doña Josefa le indignó que Iturbide se hubiera proclamado emperador. Sostiene con razón, pienso yo, que tanta lucha era para lograr una República libre e independiente, no un Imperio. Para congraciarse con ella, la mandaron invitar con toda solemnidad para que fuera dama de honor de la emperatriz y le contestó a la elegante comitiva: “¡Díganle al señor Iturbide, que quien es reina en su casa, no puede ser sirvienta en palacio!” —dijo riendo con fuerza Blaz.

—¡Esa es mi Josefa! —acotó Mariquita—, sirviéndole aguar-diente al cacique.

Gallegos comentó consternado: —Mi cuñado estuvo hace una semana en la capital y pasó a saludarlos, ahí en su casa de la calle de Indio Triste. Dice que la vio muy acabada.

—Con tanta pena, ¡cómo no la habían de acabar! —agregó Mariquita que sentía una intensa solidaridad con doña Josefa.

—A ver Lucio, te veo lento, tráenos más vino —le pidió Ruz levantando la mano.

—Ya voy, ya voy —dijo Lucio mientras se acercaba con la botella en la mano.

—Sin embargo, otra vez es su casa centro de reunión —admitió Blaz—. Ahora anda con esta cosa de la masonería y como

ahí no admiten mujeres, pues todo el tiempo organiza tertulias en su casa.

—Con toda seguridad se va a volver a meter en problemas —afirmó Gallegos moviendo la cabeza en un gesto de reproche.

—Metida siempre ha estado; por ahora lo que la salva es su mala salud y que tanta gente importante la apoya. Pero tuvo prisión domiciliaria —explicó Blaz.

Lucio exclamó: —¡Me cago en la leche! ¿Y eso qué quiere decir?

—Que en realidad estaba presa aunque vivía en su casa donde se suponía que no podía participar en actividades políticas. Tampoco podía salir de la ciudad —explicó Blaz.

—¡Hombre, eso no suena mal! Si alguna vez me detienen voy a pedir que me den ese castigo, pues tengo razones ¡eh! porque siempre ando constipao —concluyó Lucio.

La casa de la calle del Indio Triste

IV

La entrevista

Doña Josefa tejía sentada en el sofá de la sala de visitas, mientras en sendos sillones, su marido y el licenciado Mateos comentaban sobre las logias y bebían una copa de catalán.

—Yo le insisto a Miguel que se comprometa en serio con los masones del rito yorkino, pues es obvio que los escoceses están cada día más divididos. De las logias que han surgido recientemente iválgame Dios! no hay más que escuchar sus nombres: “Terror de los Tiranos”, “Despreocupación Indiana”, parecen de pulquerías —comentó Josefa, añadiendo en tono más sereno—. Pero Miguel prefiere tomarlo con calma y esperar a ver cómo se van dando los acontecimientos, aunque yo insisto que éste es el momento de apoyar a los yorkinos.

El licenciado Mateos coincidió con doña Josefa. —Todos los liberales, los protagonistas y los federalistas más serios están ahí. Es importante hacer un bloque fuerte.

Doña Josefa aprovechó el comentario del licenciado e insistió en convencer a su esposo.

—¿Ves Miguel? Las cosas tienen su momento y si ese momento se deja pasar, ya nunca se recupera.

En ese instante, Pedro, el mozo, anunció la llegada del Presidente, el general Guadalupe Victoria. Cercano a los Domínguez, algunas tardes pasaba a tomarse un jerez, sabiendo que en esa familia tan conocida y numerosa, siempre había tertulia. Don Miguel se paró a recibirlo diciéndole con efusividad: —¡Señor Presidente! Pase, pase, está usted en su casa.

Josefa se puso de pie y le dijo indignada: —¡Habla por ti Miguel! En esta casa no es bienvenido quien permitió el saqueo y la destrucción. Lo del Parián, señor general, no tiene nombre. Luchamos contra los españoles para tener una patria libre, regida por leyes justas, y nada justifica ese atentado que usted permitió, aunque se trate de quienes por su origen han estado en contra de la Independencia. Así es que le suplico que abandone usted esta casa.

-¡Josefa! —exclamó su marido asombrado por este inusitado desplante.

—¡Me voy don Miguel, me voy! —expresó sonrojado el Presidente saliendo de prisa, sin recoger el sombrero que se quedó en las manos del mozo. Pedro a su vez corrió tras él para entregárselo.

—¡Josefa! —exclamó con enojo don Miguel— ¿cómo te has atrevido a semejante grosería? ¡Es una vergüenza!

—¡Vergüenza es la que él debería tener! El saqueo del Parián pasará a la historia como uno más de los excesos cometidos por los independentistas.

El licenciado Mateos intentaba calmar los ánimos. —Lo hecho, hecho está. Ya habrá oportunidad, don Miguel, de darle una explicación al señor general Victoria.

De ninguna manera —insistió Josefa—. Fue un acto repro-
bable y todos estuvimos de acuerdo en eso. Las cosas hay que
decirlas. El problema es que le tememos a la verdad. Creemos
que si la evadimos, con sólo ese hecho ya no existe. ¡Miguel fue
el primero en expresar su indignación!

—Sí Josefa, pero hay formas de hacer las cosas.

—Pues ya sabes, Miguel, ¡mi forma es esa!

La casa de la calle del Indio Triste

V

La entrevista

Ese martes de octubre me citó doña Josefa por la mañana. Había un sol intenso a pesar de que apenas iban a dar las 10:30. Prevenida llevaba un sombrero de ala ancha. Disfrutando el calorcito caminé con toda calma por la calle de Plateros, pasé junto al Café del Cazador, en la esquina con la Plaza Mayor, que como siempre estaba atestado de parroquianos y como iba con tiempo seguí por el Portal de Mercaderes, para echar un vistazo a las sombrererías. Por cierto que de noche cuando cierran estos negocios, se colocan allí los puestos de los dulceros.

Al final del portal, unas jóvenes mestizas, de trenzas, corpiños bordados y enaguas de castor, muy limpias y sonrientes, atendían dos mesas cubiertas con manteles, sobre las cuales había fuentes con ensalada de lechuga, grandes rábanos escamados y carnes frías, y a un costado un bote con tamales encima de un comal que los mantenía calientes. Aquellas graciosas vendedoras invitaban con voces cantarinas: —¡Aquí hay fiambre donoso, pasé usted mi alma!

De ahí me dirigí hacia la calle del Arzobispado, cruzando la Plaza Mayor. Pasé a un lado del Parián que tras el saqueo inmisericorde que padeció hacía unos meses, se veía vacío y deteriorado, aunque se decía que en su interior todavía funcionaban tiendas y cajones. Este mercado de gran tamaño se construyó en 1700 a un costado de la Plaza Mayor, y tiene ocho puertas que dan a los cuatro lados. En realidad consta de dos edificios, uno dentro del otro, con callecillas internas que comunican los establecimientos de afuera con los de adentro.

Allí se vendían las lujosas mercancías que procedían de Europa y las que llegaban de Asia en la Nao de China, la famosa flota cargada de tesoros que era esperada ansiosamente en la Nueva España. El nombre de Parián fue tomado de un mercado semejante que había en las Filipinas. Gente de todo el país acudía a comprar sedas, paños, loza fina, perlas, lacas, muebles de marquetería y enconchado, aromas y todo cuanto de lujo pueda imaginarse. Estas mercancías suntuarias convivían con alacenas y cajones en que se vendían productos nacionales: rebozos, sarapes, mantas, sombreros y abarrotos. Gran parte de las tiendas eran propiedad de ricos españoles, lo que sirvió de pretexto para justificar el saqueo.

Fue después de ese incidente, cuando el primer Presidente del México independiente, don Miguel Fernández Félix, quien había cambiado su nombre por el de Guadalupe Victoria para simbolizar a la religión y a la Independencia, emitió un decreto expulsando a los españoles.

Recordando estas historias del Parián llegué a la casa de doña Josefa, en el momento en que la robusta cocinera Gregoria, mulata de la costa, recibía al aguador indicándole con su acento costeño: —eche usted agua en el barril y después ha de echar al baño de la señora.

—Buenos días Gregoria.

—Pasé usted —me indicó con una gran sonrisa chimuela.

Entré al patio y me entretuve viendo las jaulas con pajarillos que trinaban con euforia. Escuché la voz de la cocinera llamando a Consuelo: —Diga usted a la señora que ya llegó la güerita.

El mozo me pasó a la salita de costumbre, en donde ya se encontraba sobre la mesa una charola con un platón hondo con mantecado y soletas y, a un lado, una jarra de cristal con agua de chía.

Entró doña Josefa luciendo un traje de lana ligera en color verde claro, un hermoso rebozo palomo que le cubría los hombros y en la mano un abanico de carey. Se veía muy fresca y guapa. Me puse de pie y nos saludamos afectuosamente.

—Sentémonos —ordenó.

Ocupamos los lugares de siempre y le comenté: —¡Se ve usted muy bien!

—Me veo, pero no estoy. Me pesan los años y los problemas, pero no quiero enterar a Miguel de mis achaques porque se angustia y eso le afecta la salud. ¿En qué vamos?

—Si le parece platiquemos sobre su vida en la Ciudad de México, a partir de que salió de Santa Catalina. Ahora es usted muy reconocida y admirada, doña Josefa, después de haber sido tan perseguida y hostigada.

—¡Ah, tonterías, tonterías!; los reconocimientos no sirven para nada, lo que importa es que hagan las cosas y se hagan bien.

—Tengo entendido que continuó usted apoyando el movimiento insurgente y que tuvieron usted y don Miguel contacto con las logias masónicas, ¿así es?

—Sí, había que estar en ello. Ahí se agrupaban los que estaban apoyando la causa. No fue fácil convencer a Miguel de que se afiliara a los yorkinos. Él siempre es muy prudente y le gusta estar seguro de las decisiones antes de tomarlas —explicó.

Como en sus logias no admiten mujeres, yo los invitaba con frecuencia aquí a la casa para estar enterada y poder apoyar en lo que pudiera. Usted sabe que nunca dejé de tener contacto con algunas personas que estuvieron involucradas en el movimiento.

La mañana transcurrió con el relato pormenorizado de las reuniones y su visión de algunos de los protagonistas principales, especialmente los señores José María Morelos, Nicolás Bravo, los hermanos Galeana y Guadalupe Victoria, quienes llevaron a cabo la lucha insurgente, hasta que en 1821 Agustín de Iturbide logró unir a todas las fuerzas mediante el Plan de Iguala y declarar finalmente la Independencia.

La taberna en Querétaro

Lucio, el tabernero, apoyado en un bastón, estaba pendiente de la plática atrás de la barra, ordenando al mismo tiempo las pesetas, los reales y cuartillos en el cajoncillo del dinero, en tanto Mariquita, ya matrona, pero sin perder en sus gestos el aire juvenil, atendía las mesas con la ayuda de Felipe, el hijo adolescente de ambos, robusto y bajo de estatura igual que el padre, pero de temperamento jovial como la madre mestiza.

Ese día tuvieron que juntar dos mesas, pues se congregó un grupo numeroso: el boticario Alberto Ruz, el panadero Luis Gallegos y el escribano Gil Blaz, los habituales, que ya peinaban canas, no obstante lo cual conservaban la emoción por la política. Los acompañaba el regidor y cacique indio Vicente Jiménez y el coronel retirado Jorge Rivas, que anduvo con el insurgente vasco Francisco Javier Mina.

Como invitado principal, convocado por el escribano Blaz, estaba el abogado José Rogelio Álvarez, destacado intelectual liberal que había escrito una *Historia de México*. Una garrafa de vino español presidía la mesa, iluminada con burdos candelabros de bronce con velas de sebo, varios platos de barro servían de ceniceros. A corta distancia, sobre el suelo de laja, había dos escupideras de latón.

—Don José Rogelio, gracias por acompañarnos, pues sólo usted podrá explicarnos esto de la masonería que no acabamos de entender. Sabemos que doña Josefa y don Miguel andan

metidos en eso, allá en la Ciudad de México y aquí ya se están organizando logias —expuso Gil Blaz.

Prendiendo un grueso cigarro de tabaco oscuro, el interpelado contestó pausadamente:

—Voy a comenzar por los orígenes porque creo que son de interés. Se dice que surgió en el siglo XIII cuando un grupo de albañiles, que en francés se llaman *masons*, quisieron emanciparse de la tutela de los frailes, creando un gremio que llegó a monopolizar la construcción. En ellos se distinguían tres grados: aprendices, compañeros y maestros. Dedicados a construir en estilo gótico, decidieron implantar ceremonias de iniciación, probación y fidelidad, para mantener en secreto las técnicas de ese difícil arte.

—¡Anda!, dijo Lucio, mientras cambiaba la garrafa vacía por otra llena —no estaría mal adoptar eso en las tabernas, ¡yo sería maestro! y no daría fácilmente mis recetas del chinguirito de la casa.

Mariquita, sonriendo, dijo en voz baja: —Si se conocieran tus recetas Lucio ¡te meterían a la cárcel! Lucio respondió levantando su bastón en actitud de amenaza.

—Continúe don José Rogelio —le conminó el gobernador indio.

—A principios del siglo XVI algunos maestros alemanes fueron a Inglaterra a construir catedrales. Los aprendices ingleses que trabajaban con ellos, pronto organizaron sus talleres propios y de este modo se formó la Fraternidad de los Libres Masones, de la cual, a lo largo de los siglos se derivaron diversas logias.

—¿Cuándo llegaron a México? —preguntó el cacique, muy interesado en el tema porque en la república de indios que gobernaba buena parte de ellos eran albañiles.

Cuando iba a comenzar a responder don José Rogelio, la charla tuvo que ser interrumpida por el ingreso bullicioso de cuatro oficiales del destacamento de los Dragones de Querétaro, quienes pidieron una botella de aguardiente y las fichas para jugar malilla. Mariquita los colocó en una mesa del fondo, con el propósito de que no cortaran el hilo de la conversación.

—Por favor, siga usted —dijo el cacique.

—Pues miren ustedes, los masones llegaron a la Nueva España cuando era virrey el segundo conde de Revillagigedo, a fines del siglo XVIII. Seguramente ustedes recordarán que la labor de ese personaje fue extraordinaria; en sólo cinco años transformó la Ciudad de México. Entre otras obras, construyó el drenaje, iluminó las calles, despejó la Plaza Mayor y estableció una buena policía. Él permitió el ingreso al país a súbditos franceses que escapaban de la represión contra los jacobinos, como se llamaba a los miembros del partido más sanguinario en tiempos de su revolución. Muchos de ellos habían estado en Inglaterra en contacto con las logias.

—¿Pero qué diferencia hay entre los yorkinos y los escoceses? —preguntó Alberto Ruz—. Se dice que don Miguel y doña Josefa andan metidos en uno de esos bandos.

—Para simplificar —contestó don José Rogelio— les diré que la masonería del Rito Escocés, estuardista, fue favorecida por el espíritu racionalista francés y la del Rito de York, más liberal, era la preferida por las logias inglesas. A esta última se han afiliado los progresistas, federalistas y liberales, para oponerse a la escocesa, que agrupa a quienes tienen ideas conservadoras. Por supuesto, don Miguel se ha afiliado a los yorkinos, sin embargo, de esas pugnas han surgido muchas otras logias, entre otras las agrupadas en el Rito Nacional Mexicano, que ha pretendido unificarlas a todas, por cierto, con poco éxito, pues los nacionales y los yorkinos han apoyado la candidatura presidencial de Vicente Guerrero, mientras los escoceses, el ejército y el clero sostienen la candidatura de Gómez Pedraza.

Pues eso sí que es un lío gordo —exclamó Lucio desde la barra, mientras la limpiaba con fruición con su trapo pestilente.

La casa de la calle del Indio Triste

VI

La entrevista

Mi abuela Frances me contaba la fascinación que le provocaban cuando vivía en la Ciudad de México, los festejos de los Días de Muertos. Decía que en este país no era tan malo morir, porque año con año, los descendientes de los difuntos los recuerdan y los agasajan. Afirmaba no estar segura de que efectivamente hubiera una vida en ultratumba, pero que si así fuere, qué grato era pensar que se volviera a estar presente entre los íntimos, con esas muestras amorosas y festivas.

Ahora que nuevamente se conmemoraban los Días de Muertos, en mi caminata hacia la casa de doña Josefa, para otra de mis preciadas entrevistas, recordaba esos comentarios de mi abuela y coincidía plenamente con ellos; había un ambiente de fiesta. Frente al Portal de Mercaderes se habían instalado decenas de puestos en que se vendían notables curiosidades alusivas: tumbas de tejamanil en miniatura, “entierritos” formados con figuras humanas con vestidos de papel y cabeza de garbanzo, esqueletos de barro articulados con alambre, que bailaban cómicamente al

menearlos y ni qué decir de las mesas con bizcochos de diversas figuras, coloreados con grajeas, los dulces cubiertos y confitados, las palanquetas, los condumios, la calabaza en tacha de tierra caliente y, lo que más me gustaba, los famosos alfeñiques de azúcar que hacían las monjas de San Lorenzo.

En los panteones la actividad era aún mayor; desde el día primero de noviembre las familias habían arreglado los sepulcros y monumentos con candeleros y cirios, flores y coronas de chaquira. Muchos de los dolientes pasarían ahí la noche en vela, acompañando con pulque o aguardiente, las gorditas de cuajada, los tamales y bizcochos. En los templos se celebraban misas de difuntos durante todo el día, sin faltar en la puerta un sacerdote de pie al lado de una mesa cubierta de paño negro, en la que estaban un Santo Cristo, una calavera, dos cirios encendidos y un recipiente para las limosnas que se aplicarían para rezar por los muertos de los donantes.

Se me ocurrió llevarle a doña Josefa unos alfeñiques de San Lorenzo, verdaderamente graciosos. Al llegar a la casa tuve que tocar varias veces el aldabón, antes de escuchar una voz femenina preguntando quién era. Al oír mi respuesta me abrió la puerta una mujer joven, alta, vestida a la moda con una camisa blanca de olanes y unas enaguas color marrón un tanto cortas, que dejaban ver unas zapatillas de seda del mismo color. Era Carmen Camila, la hija menor, la hija de la Independencia como la llamaba su madre. Tenía los mismos ojos negros, grandes y expresivos de doña

Josefa, facciones más finas y el pelo oscuro muy rizado, rasgos que delataban a la bisabuela morisca. A diferencia de la madre era muy afable. Me pasó a la sala de costura, diciéndome que estaban atareadas preparando la calabaza en tacha que le gustaba a don Miguel y que llegarían algunos familiares y amigos a comer. Al cruzar el patio me llegaron los aromas del piloncillo disolviéndose en la lumbre para bañar la calabaza, de los chiles asándose y de la fritura de la cebolla. Debo confesar que se me hizo agua la boca.

Apareció doña Josefa vestida de color azul marino, cuya severidad rompían un collar de perlas, el camafeo a un lado del pecho y sus infaltables aretes de pequeñas perlas. Lucía un hermoso rebozo de seda con hilos de plata. Su chongo se veía recién peinado, seguramente engominado, para ocultar las ondas rizadas naturales de su pelo quebrado, heredado de la abuela, sujeto por una hermosa peineta de carey. No obstante el esmerado arreglo, su rostro se veía cansado.

—¡Marina!, siéntese —expresó afectuosa—, ¿no le costó trabo bajo pasar con la verbena del Día de Muertos?

No, doña Josefa, aunque hay mucha gente en la calle, me entretiene ver los objetos que venden para conmemorar estas fechas. De verdad me admira el ingenio y la creatividad de la gente del pueblo que hacen cosas tan graciosas incluyendo a las monjas, que en esto no se quedan atrás. Me permití traerle estos alfeñiques que hacen en el convento de San Lorenzo, le dije al entregarle las figuritas de azúcar finamente trabajadas.

Las observó con curiosidad, me dio las gracias con una cálida sonrisa y con la mano me invitó a sentarme. En ese momento entró Pedro, el mozo, encorvado por los años aunque sin perder agilidad. Traía una charola cubierta con una servilleta bordada, y en ella una jarra de vidrio de pepita, una licorera de cristal con jerez, dos copas pequeñas y un platón con diversos bizcochos: puchas, polvorones, rodeos y soletas.

Se sentía en la casa un ambiente alegre, de fiesta, aunque paradójicamente ese día se recordaba a los muertos. En México ambos sentimientos conviven en una armonía difícil de comprender para los extranjeros. Para mi abuela siempre fue un enigma.

Me contaba la impresión que tuvo la primera vez que asistió a un panteón en estas fechas, toda vestida de negro y con mantilla, como le había indicado doña María Azcárate, a quien acompañó cuando llevó flores al sepulcro de su madre y su sorpresa al encontrar una orquestilla compuesta de tocadores de arpa, vihuela y jarana, tocando sones del país y iparejas bailando entre las tumbas!

Me anunció doña Josefa que vendrían a comer algunos de sus hijos y nietos, después de visitar el panteón y me invitó a quedarme; de momento no acepté, pero ante su insistencia que sentí sincera, gustosa dije que sí. Tenía curiosidad de conocer a su familia. Saqué papel, plumillas y tintero y me dispuse a tomar notas. Retomamos la conversación de la entrevista anterior, en la que me explicaba sus preocupaciones por la situación política.

—¿Cómo ve al general Victoria? —le pregunté.

—Mire, ha tenido muchos aciertos y también desaciertos enormes; uno de éstos es sin duda haber permitido el saqueo del Parián, pero bueno, es indudable que no la ha tenido fácil. Ha tenido que reorganizar un país que quedó desecho después de 11 años de una guerra sangrienta —me dijo mientras servía jerez en una de las copas y para ella sirvió un vaso de agua de color oscuro, seguramente de zapote. Pero ha hecho cosas muy importantes que ponen al país en un buen camino. Una de las principales ha sido la liberación de los esclavos que finalmente se ha hecho efectiva, aunque fue de las primeras demandas que se formularon al iniciarse el movimiento.

Se detuvo para decir, al tiempo que me acercaba el platón de las golosinas. —Pruebe usted estas soletas, van muy bien con el jerez. Y tenemos que celebrar la rendición de los españoles en San Juan de Ulúa —continuó—, con lo cual aparentemente desapareció el último vestigio de la secular dominación peninsular. Otro acierto, sin duda, fue la creación del Museo Nacional. El México independiente se merece un lugar así, en donde se pueda apreciar nuestra propia cultura, la que se forjó desde antes que llegaran los españoles. Nada más mire usted esas piedras notables que aparecieron cuando se levantó el piso de la Plaza Mayor, en la época del virrey Revillagigedo.

¡Cómo no! —exclamé—, tuve oportunidad de verlas, son impresionantes y leí la explicación de don Antonio de León y Gama, quien cuenta que la denominada Piedra del Sol es un calendario astronómico de sorprendente precisión.

Así es —dijo moviendo la cabeza afirmativamente—. Imagínese usted todo lo que no hay debajo de esta ciudad, aquí mismo, debajo de estas piedras ¡toda una ciudad prodigiosa que fue brutalmente destruida! —concluyó exaltada.

—Siguiendo con Victoria —dijo—. Sin duda lo del Parián fue terrible. Hubiera visto a esa plebe desenfadada a la que asuzaron con el grito de ¡muera los españoles! después de haber destrozado puertas y cerraduras, arrastrar triunfantes el botín por las calles, sin que hubiera un solo guardia que intentara detenerlos. ¡No, no es admisible!, no que yo simpatice con los españoles, usted lo sabe bien, pero las cosas no se hacen así, sin embargo, influyó para que Victoria emitiera el decreto de expulsión.

Se escucharon los golpes del aldabón y a continuación pasos y risas infantiles llegaron del patio. Doña Josefa se puso de pie y me pidió acompañarla. Salimos al patio y dos niñas y un pequeño se le acercaron corriendo. Su personalidad adusta se transformó y apareció una abuela sonriente que los abrazaba cariñosa. Presenciaban la escena una mujer bajita y esbelta, con cabello rubio recogido en un chongo con rizos, que al sonreír mostraba en la mejilla el mismo hoyuelo de doña Josefa. Se trataba de María Ana, cuyo marido, el capitán Fortunato Soto Borja, era muy alto y fornido, de cabello oscuro y cejas pobladas. Resultaba curioso el contraste que hacía con su menudita esposa.

Tras las presentaciones pasamos a la sala de visitas, a la que nunca había entrado. Estaba dispuesta con mobiliario estilo

francés, cortinajes de terciopelo, un candil de cristal con velas de cera de campeche, una cómoda de marquetería y un jarrón de porcelana con flores de cempasúchil, esos soles amarillos característicos de estás fechas. En las paredes colgaban varios retratos pintados al óleo, y una imagen de la Virgen de Guadalupe en un marco dorado.

Estábamos tomando asiento cuando llegó don Miguel con paso cansado, saludó con su característica fineza y se sentó junto a su mujer. Pedro entró con una charola con copitas de jerez.

¡Qué gentío en la calle! —comentó el yerno, colocando el sombrero en una percha a la entrada de la sala. —Aquí de todo hacemos fiesta, ¡es increíble!

—Eso ayuda a sobrellevar las penurias Fortunato, no olvide la pobreza y desamparo en la que vive la mayoría de la gente —acotó doña Josefa.

La conversación cesó por la entrada de Miguel María, un apuesto muchacho, alto, moreno, de pelo ensortijado, que a todas luces se advertía que era uno de los hijos favoritos de doña Josefa. De personalidad jovial y seductora, se acercó a su madre, le dio un abrazo apretado y un beso largo en la frente. Su presencia dio un giro más ligero a la plática y se comentaron sucesos triviales y chismillos, de la sociedad que todavía no había perdido del todo sus aires virreinales.

Al observarlo recordé la descripción de la personalidad del capitán Allende, que malas lenguas murmuraban haber tenido

amores con doña Josefa. Siempre lo dudé, pero ahora después de conocerla tan cercanamente, sabía con certeza que era falso. Estoy cierta que había entre ellos una fuerte atracción. Ambos eran de temperamento apasionado y compartían ideales. Ella era una mujer frondosa, inteligente y arrojada y él, guapo, brillante y audaz, pero ella era ante todo mujer de principios muy sólidos y nunca se hubiera permitido una deslealtad así con don Miguel y sus hijos.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas cuando Pedro anunció la llegada de don Andrés Quintana Roo. Él y su esposa doña Leona Vicario, al igual que el matrimonio Domínguez, estuvieron involucrados en el movimiento insurgente. Tras el triunfo, uno y otro fueron compañeros en la diputación, en el Senado y en diversas luchas políticas. Tenían una cercana amistad, que no compartían las esposas, aunque ambas estuvieron profundamente comprometidas con la causa libertaria, pero sus fuertes caracteres chocaban con facilidad.

Don Andrés explicó que su mujer estaba indispuesta y por ello no le acompañaba. Yo lo había tratado en algunas reuniones formales y verlo ahora, bromista y platicador, fue toda una sorpresa. Después del segundo jerez, Pedro anunció que la comida estaba lista. Don Miguel se puso trabajosamente de pie, en tanto Josefa era auxiliada afectuosamente por Miguel María, quien la acompañó hasta la mesa con el brazo sobre sus hombros. Yo tomé el brazo que gentilmente me ofreció don Miguel.

La larga mesa estaba muy bien puesta: un mantel bordado, vajilla de fina porcelana, copas de cristal tallado, cubiertos de plata y en el centro un platón con frutas, arreglado primorosamente. Doña Josefa me indicó que me sentara junto a don Miguel, que presidía una de las cabeceras.

¡Qué bonita mesa! —comenté.

—Gracias Marina, la vajilla y el mantel eran de la casa de la familia de Miguel —explicó doña Josefa.

Mientras Consuelo y la recamarera Cleofas servían la sopa, Pedro ofrecía el pulque que contenía una jarra de cristal tallado y en la otra mano llevaba una botella de vino de Málaga.

—Este pulque —informó don Miguel— nos lo manda don Joaquín Tellería, de su hacienda de Apan y presume que es el mejor de México. ¿A ver qué les parece?

Mi padre que gustaba mucho de ese blanco brebaje, que se decía que era bebida sagrada en tiempos de los aztecas, nos enseñó a disfrutarlo. Lo probé y en verdad estaba excelente.

El primer plato fue la sopa de leche, una deliciosa receta que se atribuye a sor Juana Inés de la Cruz, de quien doña Josefa era gran admiradora; es a base de almendras y el sabor es muy fino.

Doña Josefa anunció que a continuación vendría un platillo preparado en honor de don Andrés Quintana Roo, quien había recibido un reconocimiento por su periódico *El Federalista Mexicano*, considerado el más importante en esa época.

En ese momento aparecieron Pedro y Cleofas portando sendos platones, con el exuberante contenido de la “olla podrida”. Uno de ellos contenía carnes de carnero, ternera, cerdo, liebre, pollo, espaldillas, lenguas, mollejas, patas, sesos y jamón. El otro, las verduras y frutas: coles, nabos, garbanzos, habichuelas, zanahorias, chayotes, peras, plátanos y manzanas. La cocinera Gregoria colocaba en la mesa grandes salseras con salsa de jitomate y tornachiles, cebollas, aguacates, salsa de chile solo o con queso y aceite de oliva de la Hacienda de los Morales.

Don Andrés levantó la copa, brindando por los anfitriones y por el espléndido festín. Comentó que en Francia un platillo semejante lleva el nombre de *potpourri*, término que aquí se usa para designar una mezcla de cosas, sobre todo en la música, cuando se interpretan juntas distintas melodías, pero seguramente, coincidimos todos, el origen es el nombre del manjar francés.

Todo estaba en su punto y el acompañamiento de la buena bebida, despertó en la concurrencia un espíritu alegre. La comida transcurrió entre comentarios políticos salpicados de ironías y anécdotas jocosas, que contaban, en ocasiones quitándose la palabra entre sí, don Andrés y Miguel María.

Increíblemente, todavía quedó lugar para los postres: huevos reales, zapote batido con canela y vino, la calabaza en tacha, encoletados y xoconostles rellenos de coco que había traído don Andrés, quien por lo que se vio era muy afecto a las golosinas.

Al finalizar el succulento banquete, doña Josefa pidió un aplauso para la cocinera Gregoria, Goya para los íntimos. Ésta se asomó tímidamente, dio las gracias con una leve inclinación de cabeza y su cálida sonrisa chimuela.

—¿Quién desea un té de salvia, de muítle o de yerbabuena que ayudan a tranquilizar el estómago? —preguntó doña Josefa poniéndose de pie para invitarnos a pasar a la sala, en donde habríamos de tomar la infusión y los digestivos, y los señores fumarían sus cigarros.

Fue un día verdaderamente inolvidable. No sabía que era el último de mi vida en que habría de estar con doña Josefa.

La casa de la calle del Indio Triste

VII

La entrevista

Era una tarde fría y ventosa de fines de febrero. Doña Josefa tejía sentada en el sofá de la sala de costura, cubierta con una gruesa bata de lana, un chal y sobre las piernas una frazada. Una tos frecuente interrumpía el tejido. Mientras tanto su marido leía un libro. Don Miguel, preocupado, le había pedido que guardara cama, pero ella declaró con firmeza que no soportaba estar acostada.

—A Dios gracias —dijo—, el final está cerca.

Don Miguel la tomó de la mano, diciéndole con ternura:

—No hables así, Josefa, te vas a recuperar, como siempre ha pasado. Si hay una persona con fortaleza esa eres tú. Pero doña Josefa no parecía estar en ánimo de recuperar la vitalidad que siempre la acompañó.

—Antes tenía deseos de hacerlo; pero ahora ya no. No quiero seguir viendo infidelidades y derrotas. ¿Cómo es posible que no hayamos logrado tener un gobierno estable?, ¿qué nos sucede, Miguel? Las mejores causas y los mejores hombres han

sido traicionados. ¿Cuánto tiempo nos va a llevar aprender a conducirnos con libertad y justicia?

—No hay que desalentarse —dijo don Miguel—. Fueron casi 300 años de dominación española. Esos son muchos años, no puedes esperar que en escasos 20 años se transformen la mente y el alma de la gente, y que todos actúen conforme a la razón.

—Tal vez no; ¡pero no con tanta sinrazón! Me desespera ver que se comienza a construir algo, que se va por buen camino y luego tal parece que a propósito se busque la manera de destruirlo. No creo exagerar si digo que hasta las logias se pueden dar por terminadas. Me es imposible entender cómo Nicolás Bravo no ha podido aceptar que los escoceses realmente perdieron frente a los yorkinos ¡y que se haya levantado en armas!

—Sí, y finalmente de todos modos triunfaron los yorkinos; pues ya ves que en apariencia Vicente Guerrero lo derrotó en Tulancingo.

—Pero al final de cuentas todos salieron perdiendo, los masones escoceses con lo de Tulancingo y los yorkinos con lo de la Acordada y el saqueo del Parián.

Don Miguel no quería recordar los sucesos del Parián. Todavía se sentía apenado por el día en que doña Josefa corrió de su casa al general Victoria, pero ella insistía en que las consecuencias de ese momento se estaban viviendo, que era una de las razones por las cuales los españoles habían intentado restaurar el gobierno virreinal.

—Podemos estar tranquilos —dijo don Miguel—, las noticias son que el general Mier y Terán, los detuvo en Tampico y ya capitularon.

—Mira Miguel —respondió doña Josefa— ya nunca me acuesto tranquila. Cuando todo parece ir bien, de la noche a la mañana algún incidente sucede y todo vuelve a tambalearse. Y no sólo aquí; ¿qué acontece en Texas?, ya ves que nos comentaron que los pobladores no quieren acatar nuestras leyes y se habla cada vez más de su deseo de separarse de México. ¡Nada más eso nos faltaba! Que logren quitarnos parte de nuestro territorio; de verdad, Miguel, no quisiera yo estar viva si eso sucediera. No soportaría esa pena.

—¡Ay mujer!, es que tomas las cosas con demasiada pasión, nunca ha dejado de sorprenderme que el carácter no se te haya menguado con los años.

—No creo que haya otra manera de vivir, Miguel; si algo en la vida vale la pena hay que hacerlo con pasión. Y si hay que vivir con pasión, también hay que morir con el mismo ánimo. Viendo hacia atrás, yo creo que tú y yo ya cumplimos nuestra misión. Yo, por mi parte, me siento bien con Dios, con mis hijos, con mi Patria. ¡Bueno! hasta contigo, aunque sé que te di muchos dolores de cabeza. Creo que a pesar de todo, tuvimos una buena vida.

El comentario hizo sonreír a don Miguel, que disimulaba así la aflicción que le produjeron esas palabras.

—Sí Josefa, sí, las dos cosas; la buena vida ¡y los dolores de cabeza! —le dijo mientras la tomaba de la mano mirándola amorosamente a los ojos.

Tres días más tarde, el 2 de marzo de 1829, a los 56 años de edad, falleció Josefa Ortiz de Domínguez en su casa de la calle del Indio Triste número 2, en la Ciudad de México.

Fín

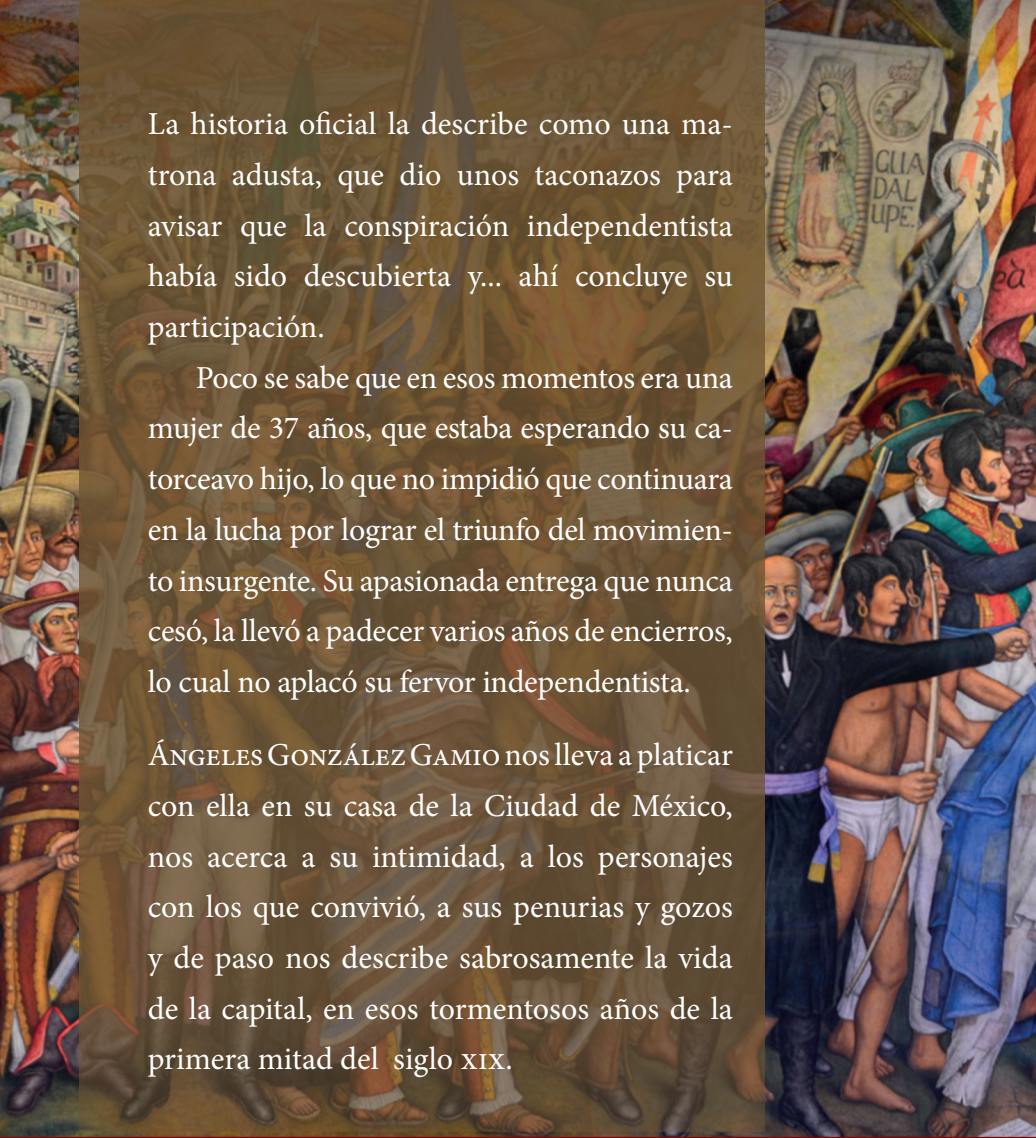
Índice

I	<i>La casa de la calle del Indio Triste</i>	7
	<i>La entrevista</i>	7
	<i>La taberna en Querétaro</i>	17
	<i>Las Casas Reales</i>	19
	<i>La taberna en Querétaro</i>	24
	<i>Las habitaciones de las Casas Reales</i>	26
II	<i>La casa de la calle del Indio Triste</i>	31
	<i>La entrevista</i>	31
	<i>La taberna en Querétaro</i>	37
	<i>El convento de Santa Clara en Querétaro</i>	40
	<i>El salón de la casa de los corregidores</i>	42
	<i>La recámara de las Casas Reales</i>	44
	<i>La taberna en Querétaro</i>	48
III	<i>La casa de la calle del Indio Triste</i>	51
	<i>La entrevista</i>	51
	<i>La taberna en Querétaro</i>	58

IV	<i>La casa de la calle del Indio Triste</i>	63
	<i>La entrevista</i>	63
V	<i>La casa de la calle del Indio Triste</i>	67
	<i>La entrevista</i>	67
	<i>La taberna en Querétaro</i>	71
VI	<i>La casa de la calle del Indio Triste</i>	75
	<i>La entrevista</i>	75
VII	<i>La casa de la calle del Indio Triste</i>	87
	<i>La entrevista</i>	87

Josefa y su independencia se terminó en la Ciudad de México durante el mes de diciembre del año 2014. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.





La historia oficial la describe como una matrona adusta, que dio unos taconazos para avisar que la conspiración independentista había sido descubierta y... ahí concluye su participación.

Poco se sabe que en esos momentos era una mujer de 37 años, que estaba esperando su catorceavo hijo, lo que no impidió que continuara en la lucha por lograr el triunfo del movimiento insurgente. Su apasionada entrega que nunca cesó, la llevó a padecer varios años de encierros, lo cual no aplacó su fervor independentista.

ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO nos lleva a platicar con ella en su casa de la Ciudad de México, nos acerca a su intimidad, a los personajes con los que convivió, a sus penurias y gozos y de paso nos describe sabrosamente la vida de la capital, en esos tormentosos años de la primera mitad del siglo XIX.



MAPorrúa
librero-editor • México

Josefa y su independencia



9 786074 018813



NOVELA